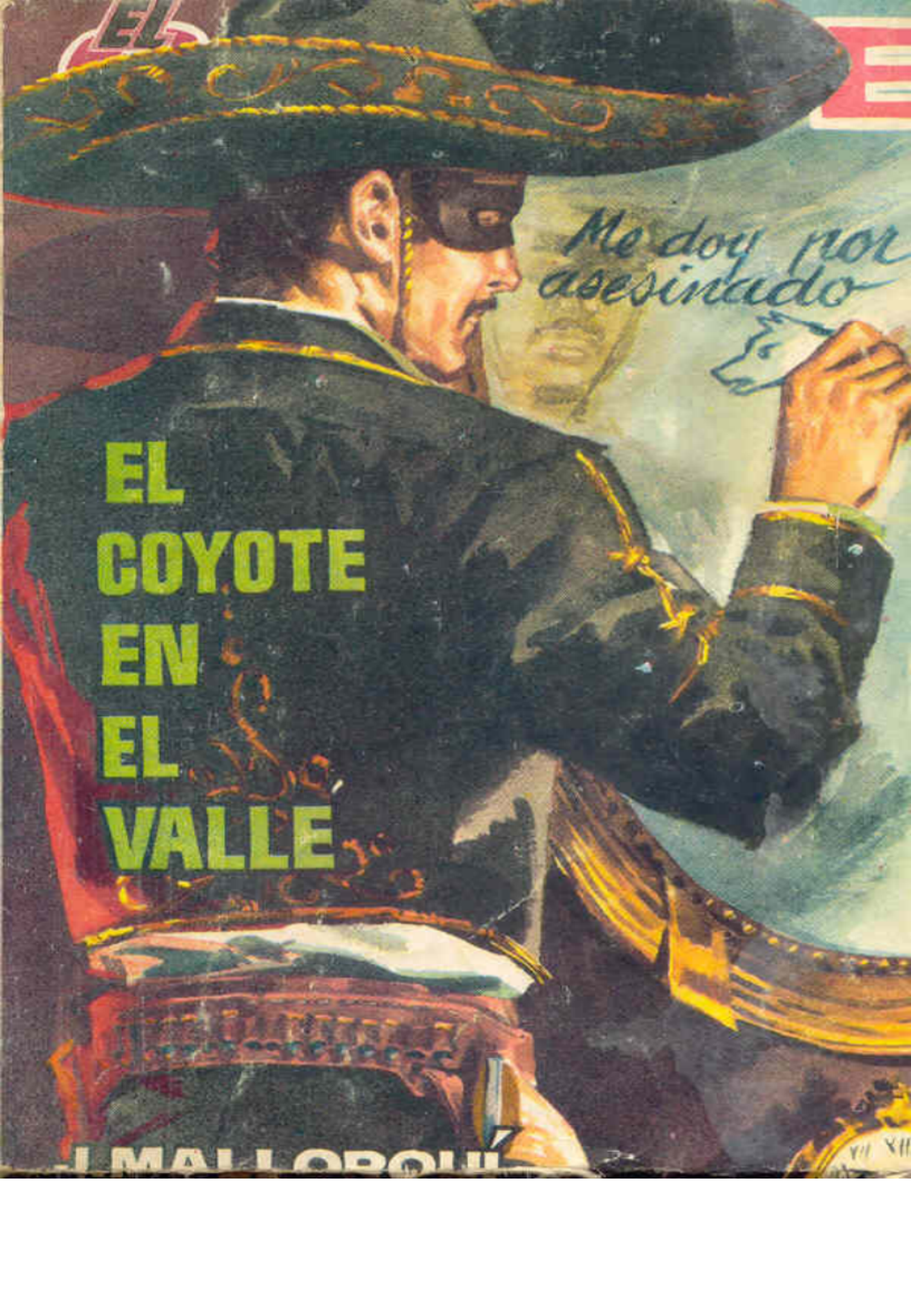

Me doy por asesinado
EL COYOTE EN EL VALLE

EL COYOTE EN EL VALLE

Por José Mallorquí

CAPITULO PRIMERO

EL VALLE DE LAS TORMENTAS

La cabalgada fue agotadora para las cinco mujeres que Juan Antonio González llevaba prisioneras. Electra Galway era la que mejor había resistido la prueba; pero al llegar ante la Misión de San Juan Bautista, también ella estaba agotada.

Los monjes salieron al encuentro del grupo de jinetes, creyendo que se trataba de alguna partida de tropa federal. La presencia de los bandidos y de Juan Antonio al frente de ellos hizo que todas las miradas se volvieran hacia fray Donoso.

—Hola, querido hermano —saludó Juan Antonio— Buena y apacible vida la tuya.

—Vida de expiación de pasados errores —replicó el franciscano—. ¡Ojalá pudiera convencerte para que dejaras la que llevas...!

—A mi no me asustan mis enemigos —rió Juan Antonio—. No temo a nadie porque hasta ahora no he encontrado a nadie que valga más que yo.

—Tú eres tu propio enemigo.

—He venido a vengar a nuestro hermano. Tú pareces haber olvidado que lo asesinaron.

—Mi hermano está vivo en todos los hombres que me rodean, Juan. Los monjes de la Misión, tú mismo, tus seguidores, los buenos y los malos, todos son mis hermanos. Que así lo ordenó Jesucristo.

— ¡Bah! Hermanos de espíritu o de religión; pero, ¿qué es la religión al lado de la sangre?

—Es el alma, el soplo divino que da vida al cuerpo.

—No seas tonto. Yo vivo sin necesidad de llevar la fe a los extremos que tú. Y como no puedo perder tiempo os voy a dejar a cuatro muchachas que saqué de Monterrey para evitar que se nos persiguiera demasiado de cerca. Ahora ya son un estorbo. No tardarán en venir a buscarlas sus parientes.

—Veo cinco mujeres.

—Sí; pero una de ellas la reservo para un buen castigo. Es la culpable de la muerte de José Juan.

—José Juan no pudo acusar a nadie de su muerte. Si mis labios no estuvieran sellados por un santo sacramento, te diría la verdad, que es muy otra de la que imaginas.

—Pierdes el tiempo. Os voy a dejar a las chicas, pero a condición de que nos deis víveres para el viaje.

—¿Y si no lo hiciéramos?

—Entonces seguiría mi camino con estas mujeres y cuando llegase el momento en que me resultaran demasiado estorbo, las haría matar.

Fray Donoso inclinó la cabeza y dirigióse al prior, a quien, expuso lo que ocurría y cuáles eran los deseos de su hermano.

—El ayudarles quedará justificado por la salvación de las vidas de esas pobres mujeres —replicó el franciscano—. Que se les abran las puertas de la despensa y que se lleven lo que quieran.

Los bandidos procedieron con asombrosa moderación, llevándose lo imprescindible. Cuando ya iban a reanudar la marcha, fray Donoso preguntó a su hermano, señalando a César de Echagüe y a Electra:

—¿No dejas a esos dos?

—Seguro que no. A ella le reservo una dura muerte. El será mi mejor defensa. Su padre os rico e influyente. Cuando llegue la hora de reñir la última batalla, su cabeza resguardará las nuestras.

—Tienes muy poca memoria para los favores que recibes.

—Gasté mi memoria recordando las ofensas sufridas. Adiós, hermano. Vuelve a tus oraciones y a tus ingenuos placeres. Yo sigo fiel a lo que prometimos ante los cuerpos de nuestros padres. ¡Venganza!

—Has ido más allá de la venganza. Hoy son muchas las voces que,

a su vez, piden venganza contra ti.

—Tú sabes mejor que yo que no se puede ser justo a gusto de todos. Siempre hay alguien a quien se perjudica. Adiós. Da las gracias a los demás padres. Les estoy muy agradecido por su buena voluntad.

—¿Adónde vais?

—A Valle Prohibido, o, si lo quieres mejor, al Valle de las Tormentas, o Valle del Trueno.

— ¿A encerrarte para siempre allí?

—De momento pasaré unos meses en ese sitio. No creo que puedan impedirme la fuga cuando me dé la gana.

—Si entras no podrás salir nunca más. Son pocos los caminos de salida y todos estarán vigilados.

—¿Y qué? Soy hombre capaz de abrirme paso a través de un muro de acero. Queda con Dios, hermano.

—Que El te acompañe y guíe y te haga ver la Luz verdadera.

Reanudóse el galope y hasta media hora después la paz de la Misión de San Juan Bautista no se vio turbada por nuevo galopar de caballos. Hobson y su gente eran de la partida, con los padres y servidores de las cuatro muchachas secuestradas. El hallazgo de estas en la Misión obró como disolvente del grupo. Ya nadie sintió deseos de seguir persiguiendo por las montañas a la pandilla de Juan Antonio González. Hobson lo comprendió en seguida.

—No continuamos todos, ¿verdad? —preguntó.

Los otros desviaron los ojos, balbucearon excusas y dieron tan claras muestras de cobardía que Hobson decidió ignorarlos y no insistir más.

—Iré yo con mi gente —dijo.

Avergonzados de su propio miedo, los otros trataron de convencerle de que era una locura seguir adelante.

—Ellos son muchos y están bien armados.

—Se defenderán con todas las ventajas de su parte.

—Además, ¿qué interés puede tener usted en seguir la persecución? Si el propio César de Echagüe no ha venido, y se trata de su hijo…

—Sólo queda esa mujerzuela, que seguramente ha ido con los bandidos por su propio gusto…

— ¡Callen, idiotas! —gritó Hobson—. Esa mujerzuela es mi hija, y por eso continuaré adelante, aunque tenga que ir solo.

La noticia produjo el natural asombro; pues hasta entonces todos habían creído que Hobson les acompañaba por solidaridad, por un deber de anfitrión en cuya casa han ocurrido sucesos lamentables y quiere demostrar que nada tiene que ver con ellos.

—¿Su hija?

—Pero si era una cantante… — ¿Cómo no nos lo dijo antes?

—Porque lo he sabido demasiado tarde —replico Hobson.

Al amanecer reanudó la persecución de los bandidos al frente de un grupo formado por siete de sus hombres. La visión de sus reducidas fuerzas le llenó de amargura. ¿Qué podría, con siete hombres, contra los veinte o más de Juan Antonio González, todos ellos avezados a la lucha, producto de los más bajos fondos sociales, asesinos de profesión, que mataban por el placer que el crimen les producía y robaban sin escrúpulos?

Pero debía seguir. Debía intentar un acuerdo con González. Pagarle una fortuna por la vida de su hija. Estaba seguro de que el bandido cambiaría a gusto Electra Galway por un buen paquete de dinero.

El camino adentrábase por las montañas. Estas al principio aparecían desnudas, peladas por las hachas de los leñadores, por los picos de los buscadores de oro y por los destructores dientes de las ovejas; pero al segundo día de viaje, ya entraron en la región de los árboles centenarios, demasiado alejados de la costa y de los pueblos para que su explotación resultara beneficiosa. El camino serpenteaba por entre los recios troncos, bajo un verde dosel de ramas, entre las cuales se agitaban millares de pajarillos.

Ellos y los gamos, ciervos, jaguares y coyotes eran la única vida perceptible en aquellos lugares. Ni un ser humano parecía haber pisado nunca aquellas sendas cubiertas de espesa hierba. Sólo muy de tarde en tarde se descubría alguna señal del paso de caballerías, y una vez cada doce horas se encontraban las cenizas de las hogueras de los

campamentos establecidos por los bandoleros.

Estos avanzaban sin reparar en el agotamiento de sus caballos. César de Echagüe y de Acevedo pasaba por una nueva experiencia en su vida. Nunca imaginó que un grupo de hombres pudiese viajar a tal ritmo. En los breves descansos que se concedían a los animales, no a los seres humanos, trató de intimar con Electra. Al principio la joven le rechazó con su silencio, luego le pidió que no la molestara; pero al segundo día, cuando acampaban cerca de un glaciar que era como una blanca cicatriz abierta en la arbórea vegetación, César le ofreció:

—¿Quiere que encienda una hoguera para usted?

—Gracias. No tengo frío.

—¿Tiembla de calor?

—Hago lo que me parece, señor Echagüe. Y le ruego que no me moleste.

—¿Por qué me trata como si yo fuera su peor enemigo?

—Porque aún no sé si lo es. No tengo amigos. No los he tenido nunca. He aprendido a odiar a los hombres, porque en todos ellos he visto siempre inmundos deseos.

—Tal vez no haya tratado nunca con un caballero.

Electra se echó a reír.

—¿Y qué diferencia existe entre un caballero y un hombre cualquiera? No la conoce, ¿verdad? Pues yo sí. El hombre normal o vulgar no disfraza sus pasiones. No las barniza. No las dora. Reacciona como su naturaleza le ordena. En cambio, el caballero procura disimular sus vicios y sus defectos. Los tiñe de color de rosa. Los adorna; pero, más pronto o más tarde, el caballero se quita el antifaz y descubre su bajeza moral, lo mismo que el otro. La educación y la cultura sirven para la vida normal, para los contactos sociales; para los salones y para las fiestas; mas en cuanto se llega a lo verdaderamente trascendental, el hombre caballero es igual a los otros. No varía en nada. Todos son lobos; aunque los caballeros se abriguen con pieles de cordero.

—Me alegro de que por fin haya usted hablado. Creí que era muda o que trataba de hacerse desagradable. En estos momentos yo me siento demasiado inquieto para pensar en otra cosa que en el medio de

huir de esta compañía. Si he tratado de entablar conversación con usted ha sido porque estamos metidos en el mismo lío. ¿A usted por qué la llevan?

Electra soltó una carcajada.

—Porque el jefe es tonto y no sabe que le puedo hacer mucho más daño que él a mí.

—No entiendo.

—El y yo sí que entendemos. Usted es hijo del señor Echagüe. ¿verdad?

—De don César de Echagüe. Mi padre me habló de usted.

—¿Bien o mal?

—Los caballeros nunca hablan mal de las damas.

—¿Y me considera su padre una dama?

—Creo que sí.

—Me gustaría saber por qué se portó su padre tan bien conmigo —dijo Electra—. Es el primer hombre que me ha ofrecido dinero sin pedir en seguida una compensación. Me gustaría conocerle íntimamente.

—¿Se enamoró de él? —rió César.

Electra le miró con sus extraños y profundos ojos. Ya se estaba levantando el campamento. Se reanudaba la marcha. La joven sonrió vagamente y no contestó a la pregunta del muchacho. Durante dos horas, el camino que siguieron era tan estrecho que no había más remedio que marchar en fila india. Uno tras otro, distrayéndose en la contemplación del paisaje, maravilloso e impresionante en su inviolada virginidad. De cuando en cuando, muy alto, volaba o, mejor dicho, flotaba un buitre. Los bandidos parecían ajenos a tanta belleza, Electra iba delante de César, rígida, sin mover la cabeza, como si no viera nada Cuando llegaron a un punto donde el sendero se ensanchaba, César lo aprovechó para colocarse al lado de la chica.

—¿Por qué no quiso contestar a mi pregunta?

—Era una pregunta tonta.

—No lo creo yo así. Habló de mi padre como si le pareciese un hombre extraordinario.

Electra le miró. Sus achinados ojos reflejaban ahora la oscura vegetación de abetos y pinos, y de verde blancas, las pupilas se habían trocado en verde pino.

—Su padre es un hombre extraordinario… —dijo, lentamente—. Quisiera conocer su vida.

—¡Bah! —rió César—. ¡La vida de mi padre! Se la puedo contar en un momento. Nació en una rica hacienda. Se crió como yo, libre de inquietudes económicas. Estudió en Cuba y en Méjico. Volvió a California. A Los Angeles. Se casó con mi madre. Ella murió al cabo de algún tiempo. Más tarde papá se volvió a casar. Nació mi hermana y ahora nacerá otra. Salvamos nuestras haciendas de las revisiones de los norteamericanos gracias a que mi tía era novia de un jefe yanqui. Hemos tenido suerte.

—Estoy segura de que hay algo más. Algo que usted no conoce.

Electra hablaba con seguridad y César temió que aquellos verdes ojos hubieran visto más de la cuenta. No se atrevió a insistir en la vulgaridad de su padre. Creyó mejor decir:

—Desde luego, para mí, mi padre es el hombre mejor y más importante del mundo.

—Hay algo raro en él —siguió Electra—. Sabe burlarse de todo. Parece estar por encima de cuantos le rodean. Yo he oído decir que ha humillado a muchos que creyeron poderse reír de él.

— ¡Ah, eso sí! —dijo César—. Como le den la oportunidad de hablar, es capaz de turbar al más listo. ¡Si le oyese hablar!

—Le he oído. ¿Cómo es su mujer?

—¿Lupe? ¡Oh! Es formidable. Yo no le hubiera dejado casar con otra que no fuese ella… Hubo un tiempo en…

—Estuvo enamorado de otra mujer, ¿verdad?

—No sé… Es decir… Bueno, pero a usted eso no le interesa, ¿verdad?

—No. Desde luego. Es una simple curiosidad. Estoy segura de que

se enamoró de una mujer muy distinta a él. Quizá de una aventurera.

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó César, pensando en la princesa Irina.

—Es la pura lógica. Su instinto le empuja hacia las mujeres que destruyen. Su cerebro le hizo elegir una mujer sencilla, de las que construyen. Lupe debe de ser hacendosa, buena, tranquila y fea.

—Acertó en todo, menos en lo de fea. Es muy hermosa. No como usted, desde luego. Su belleza es serena, como la de una virgen. Usted no serviría como modelo de virgen.

—Un pintor me quiso pintar representando a Salomé besando la cabeza de San Juan. Estaba loco.

—Sin embargo, cuando piense en usted, la imaginaré como una Salomé, sosteniendo la cabeza de San Juan Bautista. Y creo que en la cabeza cortada yo pondría unos ojos apasionados. Ni una cabeza cortada podría resistir la emoción del beso de sus labios.

—No diga tonterías —reprendió Electra—. Usted no me gusta. Le considero, como máximo, un compañero de juego o de aventura; pero no me podría interesar como hombre.

—¿Por qué? —preguntó César, irritado por la serena respuesta de la muchacha.

Esta encogióse de hombros.

—No lo sé. Todavía soy muy joven yo también. No conozco mucho de la vida, excepto las apariencias; pero yo sé que hay algo más que simples fachadas. Dentro de cada ser humano, que viste y calza como todos los demás, cuya cara es casi idéntica a tantos millones de caras, hay algo que le distingue, que lo hace único. Pero es difícil descubrir ese algo que cada uno esconde como se esconden las manos sucias cuando llega una inesperada visita. Yo sólo he podido estudiarme bien a mí, y no me entiendo. A veces me pregunto por qué se me ocurre reaccionar de tal o cual manera. Y nunca sé por qué. Siempre se me escapa la respuesta. La verdad se me oculta como un gamo perseguido por los lobos. Y si no puedo conocerme a mí misma... ¡Ah! No sé. Es irritante tener una personalidad y no saber qué hacer con ella. Y no saber, tampoco, por qué unas veces reaccionamos de una manera y luego, en otra ocasión, cuando una espera reaccionar idénticamente, se sorprende al ver que lo mismo le produce distinto efecto.

—Sí; eso del carácter es una carga muy molesta —admitió César—. A mí me ha hecho padecer mucho. A veces me sentía como un perro que tuvo mi padre. Dice que era un animal de raza muy fiera; mastín o algo así. Pero a poco de nacer murió su madre. Los otros cachorros murieron antes de que mi tía se diera cuenta de lo que había pasado. Recogió al único superviviente y lo crió como hubiera criado a un niño. Le daba leche con una cucharita, y luego papillas, y como estuvo a punto de morir de trastornos intestinales, le siguió criando con agua de arroz y pan migado, hasta que el perro tuvo cuatro meses. Subido como un niño el mastín no podía ser fiero. Dice mi padre que su vida fue trágica porque el animal se daba cuenta de que era de una raza fiera, insociable, furiosa y sanguinaria; pero sus instintos raciales se habían atrofiado. No sabía ser cruel. Y cuando pretendía reaccionar como sus semejantes, se ponía tan ridículo que todo el mundo se echaba a reír. Mi padre asegura que al fin se suicidó por no saber qué hacer con sus terribles colmillos y su alma de perro faldero.

La risa de Electra sonó como una campanita de plata. Juan González, al oírla, volvió la cabeza y colocándose a un lado del camino dejó pasar a sus hombres, hasta que Electra y César llegaron ante él.

—¿Se divierte? —preguntó mirando fijamente a Electra.

—Mucho —replicó la joven.

—La excursión es magnífica —observó César— Nunca imaginé que la belleza del paisaje se impusiera de tal modo a las malas compañías.

—¿Le molestan mis hombres? —preguntó Juan Antonio.

César le miró sonriente.

—Me molesta cierta persona que bebió nuestro vino… Mejor dicho, nuestro ron, comió nuestro pan y nuestra sal y hasta lleva un traje que era de mi padre.

—¿Me cree desagradecido? ¿De los que pagan el bien con mal?

—¿Usted qué opina, señorita Galway? —preguntó César.

—¿Yo? No sé. Conozco poco al señor González. Me reservo mi opinión.

—Su padre no ha dado señales de vida, joven —dijo González a César.

—Debe de creer que estando en su compañía no corro ningún peligro —replicó el joven—. Mi padre es muy optimista.

—El suyo, en cambio, no lo es tanto, Electra —siguió González—. Nos está siguiendo con un puñadito de hombres.

Electra miró, inquieta, a González.

—¿Qué ha dicho?

El otro se echó a reír.

—¿Imaginaba que su padre no existía? Pues está en un error. Existe y, a juzgar por la buena voluntad que pone en seguirnos, debe de haberse enterado ya de que la mujer a quien vendió por una simple promesa de alejamiento, es su hija.

—Se está burlando de mí. Mi padre era un marino que no volvió. Un marino español…

—Hable con Joe. El era confidente de Perkins y conoce la verdad. Su padre fue un marino norteamericano. El comodoro Hobson. Yo quería matarlo; pero él fue más listo que yo. Se me anticipó.

—Si mi presencia la molesta o la humilla me retiraré —dijo César a Electra.

Esta dijo que no con la cabeza.

—Prefiero que se quede —contestó—. Más adelante… Dentro de unos días, cuando llegue el momento…, quiero que usted sea también testigo de la humillación a que pienso someter al señor González.

Juan Antonio echóse a reír.

—No sea ingenua, señorita Hobson. A mí nada puede hacerme daño. Ni humillarme. Mi vida es clara. Vengué a mis padres, castigué a unos cuantos que pusieron demasiada saña en perseguirme. Castigué también a los que mataron a mi hermano Juan José. He hecho justicia siempre.

—Sus padres eran legítimos. Sus hermanos eran honrados. Su ascendencia no tiene tacha alguna. —Electra empezó a reír—. Me alegro, señor González. Yo estoy en inferioridad con usted. Ahora cuénteme mi historia. Mejor dicho, yo le contaré lo que sé de ella y usted completará lo restante.

Electra respiró profundamente; pero cuando habló lo hizo refiriéndose a otro asunto.

—¿Adonde vamos?

—Al Valle de las Tormentas. ¿No ha oído hablar de él?

Electra volvióse hacia César. Este dijo que no con la cabeza, agregando:

—Sólo he oído algunas referencias vagas acerca de ese lugar, del que, por lo visto, nadie vuelve.

—Nadie —asintió González—. Unos dicen que es territorio indio, otros que pertenece a un loco. Las dos cosas son verdad. El Valle es feudo de un loco. Un viejo mejicano que se retiró a ese lugar hace muchos años. Creo que a raíz de la independencia de Méjico. Don Eladio, le llaman. Es una especie de patriarca. Un bienhechor del indio. Su pasión es esa: salvar y proteger a los indios. En su valle encuentran refugio todos los pieles rojas que huyen de los blancos. Se trata de un lugar muy hermoso. Allí estaremos seguros. Tengo el permiso de don Eladio para quedarme allí el tiempo que se me antoje. Es decir... —González vaciló—. Hace bastante yo salvé a unos indios a quienes iban a ahorcar. Fue una buena obra que hice no sé por qué. Debilidades que a veces le asaltan a uno. Don Eladio acogió a los indios en su Valle y me envió a decir que sus tierras me estarían siempre abiertas para lo que yo quisiera. Y que podría salir de allí cuando se me antojara.

—Muy bien —aprobó César—, Me gustará ver el Valle.

—Aún no sé si podremos entrar —suspiró González—. Envié a un mensajero a pedir permiso para quedarme unas semanas con mi gente y con unos amigos. Espero la respuesta.

—Si don Eladio es un caballero, le obligará a ponernos en libertad —dijo César.

—Don Eladio será juez de las culpas de usted, Electra. Es un hombre justo. Y usted, Echagüe, será el testigo que proclamará su imparcialidad.

—¿Yo? —César sonrió duramente—. Si le hace usted el menor daño a esta mujer, no me deje en libertad. Por tiempo que pase, por lejos que usted marche, yo le seguiré y le mataré.

—Si castigo a esta mujer será porque lo merezca. Yo también respeto a las mujeres.

—¿Imagina que yo fui culpable de la muerte de su hermano?

González movió la cabeza.

—Señorita Hobson, o Galway, o Gálvez...

—Llámeme Galway —pidió Electra.

—Dicen que usted posee un extraño poder. Que es capaz de adivinar una carta sin que el mismo que la tiene haya visto cuál es. Que sus ojos tienen la propiedad de atravesar la cartulina del naipe y leer sus figuras. Pero otros dicen que usted conoce las cartas por las marcas que en ellas aparecen. ¿Cuál es la verdad?

—Le ofrezco una oportunidad de comprobarlo. Juguemos a los naipes mi libertad y la del señor Echagüe. Al monte, por ejemplo. Cinco partidas. Si pierdo una, usted ganará.

—¿Con sus naipes? —preguntó González.

—Yo nunca llevo cartas encima. Las odio.

—¿Odiar las cartas la hija de Hobson, el amo del juego en toda California? Imposible. Sin embargo, es probable que acepte la prueba que me ofrece. Esta noche acamparemos cerca del Valle. Hasta luego. Empieza el descenso y es peligroso.

Se alejó dejando a Electra estremecida de ira.

— ¡Le odio! —jadeó.

—Es menos malo de lo que yo imaginaba —observó César.

—Es orgulloso, estúpido y bestial. Deseo que le ahorquen.

—Eso es inevitable. Sin embargo, me alegro de visitar ese Valle de las Tormentas. Debe de ser un lugar fantástico.

—Tal vez no sea más que un lugar desagradable.

Electra hablaba sin prestar atención a sus propias palabras. Preocupada por sus pensamientos, decepcionada por lo que González no le había dicho.

—Quiero huir —dijo a César.

—Yo también; pero lo veo muy difícil. Diez hombres nos siguen y once o doce nos preceden. Yo conservo un arma, un buen revólver, porque no se han preocupado de registrarme; pero, ¿qué puedo hacer contra tantos? Por lo menos lo que podría intentar es salvarla a usted, evitar que disparasen contra su persona y la hiriesen.

—No se preocupe por mí...

—Usted conoce algo que puede derrotar a González, ¿no?

—Sí.

—¿Relativo a su hermano?

—Sí. Algo relativo al hermano que murió en Monterrey.

—¿Me lo puede explicar?

Electra dijo que no con la cabeza, mientras sus ojos miraban hacia González. Luego agregó:

—Tal vez no lo diga nunca.

—¿Por qué?

—Otra vez se me subleva la personalidad. No sé qué hacer con mis reacciones. Me asombro de mí misma. Porque me doy cuenta de muchas cosas y al comprenderlas me debilito. No se puede ser comprensiva y ser fuerte. Los débiles perdonan. ¿Por qué? —Volvióse hacia César—. ¿Por qué sólo perdonan los débiles?

—Tal vez porque les faltan fuerzas para castigar, para ser duros.

—Sí. Eso es. La gente no respeta al bueno porque no le teme. Quisiera matar a ese hombre antes de... ¡ Qué tontería! No me haga caso.

—Juan Antonio González es un hombre peligroso.

—Ya lo sé. No tiene ninguna debilidad... Todavía. Pero no hablemos de él. No hablemos de nada. Estoy muy cansada.

—¿Por qué no hablamos de su poder de penetración con los naipes?

—¿Cree que es mentira?

—Creo que es verdad. ¿Cómo se produce? ¿Cómo lo descubrió?

—Hace muchos años. Fue después de salir de Manila con el profesor Perkins. El fue bueno conmigo, a su manera. No sé qué pretendía. —Los ojos de Electra se hicieron algo más oscuros. Parecía que estaban viendo el pasado de la joven—. Perkins era uno de esos hombres que hacen de todo para ganarse la vida. Creo que, de no haber sido cobarde, hubiera abrazado la profesión de bandolero. A veces me decía que no hay nada comparable al asalto de un banco. Uno se hace rico en un momento. Pero luego hay que salir y fuera aguardan gentes armadas, dispuestas a defender con uñas y dientes el dinero. Por eso daba representaciones de dramas clásicos. El debió de tener la ocurrencia de llamarme Electra, Un nombre trágico. Su padre me lo dijo, César. Ahora empiezo a creer que tenía razón. Existe la trágica influencia de los hombres.

—Pero si Perkins le dio el nombre de Electra, entonces su verdadero nombre es otro y el de Electra no puede influir para nada en su vida —observó el joven.

—Es posible —admitió Electra—. Quizá... Bueno, Perkins pensó utilizarme para ganar dinero. Estuvimos algún tiempo en el Sur, en Georgia, en Alabama, en Virginia. Allí aprendí las canciones de Foster que luego canté en California; pero yo no daba a ganar mucho dinero. Perkins no demostró nunca enfado por lo poco remuneradora que yo le resultaba. Se lo tomaba con resignación. Casi como algo divertido; pero un día estaba jugando al monte y yo me acerqué. El iba a apostar y yo pregunté en qué carta pensaba poner la puesta. Me dijo que en la sota de bastos. Yo le dije que apostara por el siete de copas. Vaciló, porque era supersticioso y no podía resistir la sugerencia de una chiquilla. Me dijo que ojalá acertase y apostó por el siete de copas. Salió el siete de copas. Me preguntó por cuál carta debía apostar a continuación y le dije que por el rey de oros. Ganó otra vez, y así cinco veces seguidas. A la sexta me preguntó qué carta debía jugar. Me dolía la cabeza y le dije que ya no podía ver la carta que iba a salir. Esto le sorprendió. Había imaginado que yo intuía o adivinaba la carta que estaba en lo alto de la baraja; pero nunca pasó por su mente que yo viera aquella carta.

Electra descansó un momento. El camino descendía precipitadamente hacia el angosto desfiladero por cuyo centro corría un tumultuoso río que se deshacía en hirvientes y blancas espumas al pasar sobre un lecho de rocas caídas de ambos acantilados. Las rojizas peñas que asomaban del cauce contrastaban con las verdosas agitas y las espumas. César también tu apartarse del lado de Electra; pues el

camino, o sendero, o vericueto que seguían se había estrechado hasta lo inverosímil. Por fortuna, los caballos, acostumbrados a sendas similares, lo seguían con paso seguro, aunque lento. Del fondo del abismo subía un fresco eco de aguas bravas. No se oía ningún otro sonido, excepto, de cuando en cuando, el choque metálico de una herradura contra alguna piedra o el rodar de un guijarro hacia el fondo. En medio de este silencio sonó, descendiendo desde la cumbre del risco, el aullido de un coyote, luego un gamo apareció huyendo del enemigo y se detuvo al ver a los hombres que bajaban al río. Dudó unos momentos y por fin escapó hacia la izquierda.

Electra se volvió a César.

—¿Ha oído? —preguntó.

—Sí.

—¿Le ha parecida normal?

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—A nada. Pero ese aullido no parece legítimo.

—El gamo iba asustado.

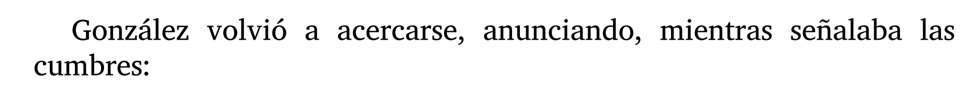
—Creo que iba sorprendido. Si fuera el «Coyote»...

—¿Un coyote?

—No. El hombre que se hace llamar el «Coyote». Sé que estaba en la fiesta. Perkins le temía. Una vez lo marcó de un balazo. Por eso llevaba el cabello largo hasta cubrirle las orejas. En California la marca del «Coyote» es una marca de infamia.

Tuvo que volver su atención al camino y César trató varias veces de ver si descubría la presencia de su padre; pero ni un nudo ni otro aullido llegaron de la cumbre rocosa.

De pronto, el sendero, que en realidad era seca torrentera, torció a la derecha y César estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro. Ante sus ojos, como a una legua de distancia, se levantaba un círculo de altos picachos de faldas cubiertas de centenaria vegetación, mientras sus cimas tenían casquetes de nieves eternas. Las cumbres se levantaban como una redonda sierra, y no se advertía cuál podría ser el camino de entrada a aquel lugar.


González volvió a acercarse, anunciando, mientras señalaba las cumbres:

—Al otro lado está el Valle.

CAPITULO II

DON ELADIO

Aquella noche acamparon junto al río, cuyas aguas tenían frialdad de hielo.

—Nace en los glaciares que tenemos encima —explicó González a Electra.

Habían encendido grandes hogueras para alejar el frío, y sus humaredas, oprimidas por la densa niebla, extendíanse casi a ras de tierra, haciendo toser y llorar a todos.

—No sé qué es peor —dijo César, envolviéndose en la manta de su caballo—. Casi prefiero el frío al humo.

—Dentro de unas horas, cuando salga la luna, se disipará la niebla —explicó González—. Tenemos que esperar aquí unas horas, hasta que llegue la respuesta del Valle.

—Sí dijesen que no, se vería usted muy apurado para volver sobre sus pasos —dijo César—. Es de suponer que los hombres de Hobson ocuparán las alturas antes de que usted pueda regresar a ellas.

—Los hombres de Hobson llevan mucho retraso —dijo Juan Antonio. Y dirigiéndose a Electra—: Su padre es buen jugador; pero ningún marino puede llegar a ser buen jinete.

Electra se puso en pie, tirando al suelo la manta humedecida por la niebla. Luego se encaminó hacia donde «Nigger» Joe estaba templando su banjo.

—Quiero hablar contigo —dijo.

«Nigger» no levantó la cabeza.

—¿Qué quieres? —preguntó, hoscamente.

—¿Qué has dicho de Perkins y de mi padre? ¿Qué sabes?

—Yo se lo explicaré —dijo González, que la había seguido—. La versión de Joe sería igual a la mía. No pienso engañarla. Hobson hizo fracasar un buen negocio de Perkins. Este tuvo que huir de California dejando en ella un trozo de oreja que le arrancó el «Coyote». Embarcó en el primer buque dispuesto a zarpar de San Pedro y llegó a Manila. Y allí el azar o el destino le hizo enterarse de la existencia de su madre y de usted. Debió de ser porque el barco llegaba de San Pedro, y la escuadra de Perry que fue al Japón en el cincuenta y tres también procedía de California. Sea como fuere, alguien notó la coincidencia y le preguntó si conocía a Hobson, un marino que había cometido una canallada, en Manila. Lo demás es fácil de comprender. Vio a su madre la convenció para que le cediera su personita y la trajo a usted a California pensando en que algún día podría vengarse de Hobson valiendose de su hija. Y eso es todo.

—¿Y cree de veras que Hobson es mi padre? —preguntó Electra.

—Estoy seguro. Si no fuese usted su hija, Hobson no nos hubiera seguido. Además, yo sé que la voz de la sangre habló en él.

—¿Y qué piensa hacer conmigo?

—Venderla o matarla. Sí sólo es hija de Hobson, la venderé a cambio de un buen rescate. Si tuvo que ver en la muerte dé mi hermano... ¡Ya veremos!

—¿No quiere comprobar el poder de mis ojos?

—Ya es demasiado tarde —murmuró González—. La suerte quedó echada cuando descendimos al río. Si don Eladio no nos admite, no saldremos de aquí.

—¿Por qué?

—¿No oyó usted el aullido de un coyote?

—Sí. ¿Y qué?

—No lo lanzó ningún coyote. Los he oído demasiadas veces para confundirme. Fue una señal. De un indio. El viejo tiene las alturas custodiadas por indios bien armados. La defensa del Valle tiene arriba su primera trinchera.

—¿Cree que fue un indio quien lanzó el aullido?

—Sí. Un indio. Ellos suelen fingir gritos de animales para darse los avisos necesarios.

—¿Y no podría ser el «Coyote»?

—No... Es decir, creo que no. El «Coyote» no se atrevería a seguirnos hasta aquí.

—¿Le teme?

—No lo sé. Y, en realidad, ya no sé nada. Tengo la sensación de haber empleado muy mal mi vida.

—¿Envidia a su hermano? Al fraile.

González dijo que no con la cabeza.

—Yo tengo ambiciones muy pequeñas —dijo—. Aspiro a vivir feliz en la tierra. Mi hermano tiene ambiciones de eternidad...

Un grito de dolor resonó en el campamento, seguido de rumor de lucha y luego de fuga a través de los árboles. González oyó el abrir y cerrar de los cerrojos de los rifles y gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Que nadie dispare! ¡Quietos! ¡No disparéis!

Corriendo se dirigió hacia el lugar donde había sonado el grito. Uno de sus hombres estaba sentado en el suelo, junto a una desordenada hoguera, y se cubría el rostro con las manos.

—¿Qué ha pasado?

Aparicio explicó:

—Le empujaron contra el fuego y le arañaron la cara. Cree que fue un animal; pero sospecho que ha debido de ser algún indio de los del viejo. Hace rato que presiento vecindades humanas. ¿Está seguro de que no hemos cometido una locura viniendo aquí?

—Es demasiado tarde para pensar en eso —replicó González—. Que curen a ese hombre... ¡Ah! ¡Por fin!

Apartándose de su lugarteniente, González se dirigió al otro extremo del campamento, hacia el punto donde brillaban varias antorchas que se movían por donde estaban los viajeros.

Electra buscó a César; pero no le vio. Luego su curiosidad se

impuso y la hizo dirigirse hacia donde brillaban las antorchas.

Era un espectáculo asombroso. Un grupo de seis indios avanzaba, lentamente, casi procesionalmente, llevando en alto antorchas encendidas. Los hombres iban a caballo, formados en dos líneas, y en el centro iba otro indio muy viejo, vestido de blanco, con un penacho de plumas igualmente blancas y, contrastando con aquella blancura, el rostro cobrizo, lleno de arrugas, y la gran nariz aguileña.

—Buenas noches, forasteros —saludó en castellano. mientras levantaba la mano con la palma abierta, en signo de paz—. ¿Dónde está el jefe?

—Yo soy el jefe. —dijo González, yendo hacia el indio.

—Has pedido entrada en el Valle, refugio y protección.

—Eso he pedido —replicó González.

—Para ti es muy importante que Cabeza Blanca te otorgue su protección.

—Pero no tan importante como para justificar una humillación.

—¿No quieres dejar tu orgullo fuera del Valle?

González dijo que no con la cabeza.

—Hace años se me ofreció asilo en vuestro Valle —dijo—. Hace años se me dijo que podía acudir aquí cuando yo lo considerase necesario. Entonces no pedí nada. Se me ofreció todo. Pero si Cabeza Blanca y sus hermanos indios han perdido la memoria…

—Tenemos todos buena memoria; pero no queremos que la codicia, la soberbia y la pereza entren en nuestras tierras con vosotros.

—Cuando hice un favor no pregunté si quien lo recibía era merecedor de él —respondió González—. Decid a Cabeza Blanca que no admitimos humillaciones.

—Cabeza Blanca ha ordenado que entraseis en el Valle; pero sin olvidar que el Valle tiene un jefe y una ley, que al acogerse a su protección os obligáis a cumplir esas leyes, tanto si os gusta como si no. Cabeza Blanca sabe que con vosotros van dos prisioneros. El no admite prisioneros de ninguna clase. En cuanto entren en el Valle serán libres; pero podréis conducirlos ante nuestros tribunales.

—¿Qué otra cosa he pedido?

—Está bien. Que tus hombres me sigan.

Los siete indios dieron media vuelta y aguardaron a que los otros se dispusieran a seguirlos. No se perdió mucho tiempo en ensillar los caballos, en reunir la impedimenta y en montar cada uno en su caballo, yendo a colocarse detrás de los guías.

César estuvo por un momento tentado de escabullirse; pero había oído las palabras del indio y pensó que no corría riesgo alguno metiéndose en el Valle. Cuando se disponía a montar notó que alguien se acercaba. Dirigió una maquinal mirada al hombre que estaba junto a él. Era el bandido que fué a caer de bruces contra las llamas. Le habían cubierto casi todo el rostro con un blanco vendaje, hasta el punto de que apenas podía dar un paso.

— ¡Ayúdeme, hermano!: —pedía roncamente, en español, mientras manoteaba buscando su caballo.

César se acercó a él.

—Yo le ayudaré —dijo.

En voz baja el otro replicó:

—Dios te conserve tu buena voluntar, hijo mío.

Fue tan inesperado que, de no sentir en el brazo el atenazamiento de la mano de su padre, César hubiera lanzado un grito de asombro.

—Serenidad y siempre serenidad —siguió el de la cara cubierta—. No hay que asombrarse nunca, porque siempre hay que esperar lo inesperado. Ayúdame. Y no preguntes, porque no te puedo explicar todo lo que te interesa. No hagas nada aunque veas que estoy en peligro. Lo he previsto todo. Don Eladio es un genio; pero en otro sentido. Vamos, ayúdame y no me mires más.

—Estoy armado.

—Cuando entres en el Valle entrega tu revólver. No te hará falta.

El «Coyote» se apartó de su hijo y fue a colocarse cerca de sus compañeros, como si fuese un bandido más, luego todos emprendieron la marcha hacia el Valle, en pos de los pieles rojas.

Estos fueron bordeando el río durante un cuarto de legua; lo

cruzaron, por fin, siguiendo un estrechísimo sendero que se deslizaba por entre altísimos bloques de granito. César observó la presencia de varios indios apostados de forma que con un rifle de repetición y unos cuantos cartuchos de reserva podían batir cómodamente el camino y rechazar cualquier intento de penetración en el Valle.

La entrada a éste era impresionante. Una senda estrecha en el fondo de un abismo. Dos altísimos muros se levantaban a ambos lados y a la luz lunar se podía advertir que la mano del hombre había colaborado, con picos y barrenos, a abrir mejor aquel angosto camino. A cuarenta metros de altura se veían plataformas, y en ellas enormes pilas de bien labrados bloques de piedra. Por la regularidad con que se veían tales pilas, era fácil deducir su destino. Si algún enemigo poderoso lograba romper las defensas exteriores, un alud de rocas lo enterraría en el fondo del barranco.

Varias veces César volvió la cabeza para ver a su padre y siempre sintió miedo por él. No podría mantener mucho tiempo el engaño.

Al fin del camino encontraron una especie de escalera de muy desiguales escalones. Unos largos, otros cortos, unos altos y otros bajos. Aun yendo al paso, los caballos tropezaban y algunos cayeron. César comprendió el fin de aquella escalera tallada en la piedra. Suponiendo que algunos jinetes, gracias a la velocidad de sus caballos, consiguiesen llegar hasta, aquel punto, la escalera les forzaría a marchar a paso lento, y la abundancia de aspilleras en los lados prometía un nutrido y eficaz fuego de fusilería.

Al fin de la larga escalera apareció, de pronto, todo el Valle. Era como el fondo de un gigantesco embudo, lleno de vegetación casi tropical, mientras las laderas que subían hacia las cumbres estaban en sus cuatro quintas partes pobladas de abetos y pinos gigantes. Sólo en el último tramo aparecía la montaña pelada, cubierta por pequeños árboles que no levantaban más de metro y medio del suelo, y en la cima, espaciados regularmente, levantábanse extraños y altos mástiles.

El interés de César dirigióse más que a las cumbres al fondo del Valle, invadido por una suave neblina plateada por la luna. Veíanse casas de piedra y cabañas de troncos, muchas ventanas iluminadas y, a la derecha, coronando una colina, una casa enorme, de piedra que debía de ser gris, llena de ventanas y balcones construida al estilo colonial español. Una columna de humo brotaba de una de las varias chimeneas.

Había un algo fantástico y casi, pavoroso en aquel Valle. César

sintió miedo, ese miedo que se experimenta cuando se presiente un peligro sobrenatural, contra el que no puede servir defensa alguna ni valor que sirva de nada.

Los indios les guiaron hasta una plazoleta en cuyo centro, sobre una especie de mesa circular o enorme brasero, ardía una pirámide de resinosos troncos. La mesa de piedra mediría de lado a lado unos tres o cuatro metros. La plaza, empedrada con losas hexagonales, medía unos cincuenta metros y era también perfectamente redonda, bordeada por bancos de piedra y altos postes que sostenían unas jaulas de hierro llenas de troncos que iban siendo encendidos. Aquellos faroles y la hoguera daban sobrada luz al lugar.

Los recién llegados huéspedes del Valle ocuparon un lado de la plaza. En el otro extremo, sentado en uno de los bancos, cubierto con un largo abrigo con esclavina, desabrochado, pues el calor de la hoguera hacía innecesario el uso de semejante prenda, estaba el hombre más extraordinario que César había visto jamás. Era tal su inmovilidad que de momento podía tomársele por parte de la pétrea decoración, sobre todo por el gríseo tono del abrigo; pero su cara tenía un tono rojizo acentuado por las llamas que se reflejaban en él. Era un rostro enjuto, ascético, afilado, en el que destacaban unos ojos grandes y negrísimos. Coronaba su cabeza una abundante cabellera de un blanco intenso, que tenía reflejos dorados, como si antes de encanecer hubiera sido de un rubio albino. A Cesar le recordó a las hebras primeras que hila el gusano de seda al encerrarse en. el capullo. Pero lo más sorprendente era la abundancia de cabello en una cabeza que contaba más de setenta años.

Don Eladio apoyaba el brazo izquierdo en el brazo de piedra del banco y la mano derecha en el puño de oro de un bastón de ébano. Debajo del abrigo llevaba pantalón largo abierto sobre las botas de fina piel, sujeto con una ancha faja de seda roja, camisa de hilo con chorreras de fino encaje y chaquetilla de terciopelo negro.

Su presencia impresionó a todos y maquinalmente los hombres de González se fueron descubriendo cuando el anciano, levantándose sin esfuerzo aparente, se dirigió hacia los que acababan de llegar a la plaza.

Como un viejo general que revista sus fuerzas militares, el amo del Valle fue pasando frente a los jinetes, observándolos de reojo. Se detuvo un momento frente al que llevaba el rostro cubierto de vendas y apuntándole con el bastón, inquirió:

— ¿Qué le ocurre?

Su voz era enérgica y dominó fácilmente el chisporroteo de las llamas en los troncos, poniendo un escalofrío en la columna vertebral de César.

—Se quemó —explicó uno que estaba al lado del falso bandido—. Se cayó de bruces en la hoguera, empujado por alguien.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

El viejo miró fijamente al herido y luego, sin hacer otro comentario, siguió hasta llegar delante de González, que le esperaba a pie, junto al caballo.

—Bienvenido, Juan Antonio —dijo el anciano—. Me gusta pagar deudas. Sólo se presta al solvente y sólo el que tiene noble corazón recuerda los favores recibidos. Yo no olvidé tus favores, Juan Antonio González; pero ya te han dicho que mi Valle puede ser refugio; jamás cárcel. Quiero hablar con esa mujer y con el joven Echagüe. Mis hombres te indicarán tu alojamiento. No olvides recomendar a tus gentes el mejor comportamiento. Mi mano es suave y dura a la vez.

—Me gustaría explicarle algo referente a esa mujer, don Eladio.

El viejo movió la cabeza.

—A su debido tiempo. Ahora se instalará en mi casa, junto a otras mujeres. ¡Ah! También quiero que me acompañe tu herido. Necesita cuidados. Las quemaduras en la cara son peligrosas. Muchos han muerto a causa de ellas.

Dirigiéndose donde estaba el falso bandido con la cara vendada, dijo:

—Me acompañarás al hospital que hay en mi casa. Tus heridas serán curadas.

El otro movió afirmativamente la cabeza y apartóse del grupo, mientras el viejo se ajustaba el abrigo y dirigíase hacia una especie de silla de manos colocada junto a una de las aberturas que servían de entrada a la plaza.

César tenía mucha confianza en la habilidad de su padre para salir

de las más apuradas situaciones: pero el momento por que estaban pasando era de los más difíciles, sobre todo por la absoluta imposibilidad de predecir el inmediato futuro, y las intenciones de aquel viejo cuya afabilidad podía ser una simple y estudiada apariencia. Un hábil disfraz. Aún conservaba su largo revólver cargado con seis cartuchos y, tenía otros cincuenta de reserva. ¿Debía disparar contra el anciano? Esto no sería ninguna solución; pues los indios, que al parecer le profesaban un infinito respeto y cariño, vengarían salvajemente su muerte. Esperar era la menos mala de todas las soluciones y, además, la única factible.

Precedidos por el amo del Valle, subieron hacia la gran casa, cuya blancura se destacaba del oscuro fondo de bosques y vegetación. Unos indios acudieron a hacerse cargo de los caballos. César trató de acercarse a su padre; pero un piel roja le detuvo de un brazo y luego movió negativamente la cabeza, como indicándole que no debía hacer aquello.

También le impidió que se acercase a Electra y como César iniciara un gesto de irritación el indio sonrió como ante la travesura o rabieta de un niño, lo cual humilló profundamente al joven, que desviando la mirada, ya no volvió a intentar alejarse del sitio que le habían asignado.

Así llegaron a la casa de don Eladio, y, sin que éste diera más instrucciones a su gente, César y Electra fueron conducidos a una sala amplia y cómoda, amueblada al estilo hispanoamericano y con las paredes decoradas con azulejos. Una lámpara de hierro forjado daba luz a la estancia por medio de numerosos candilitos de cristal.

—Siéntense —dijo el indio que los había guiado hasta allí.

Se retiró en seguida, dejando frente a frente a Electra y el joven; pero antes de que pudieran decirse nada se abrió otra puerta y una mujer entró en la estancia.

—Buenas noches —dijo en castellano—. Bienvenidos a esta casa.

No era india. Vestía sencillamente; pero el traje estaba bien cortado y la tela era de la mejor calidad, aunque la moda resultaba algo rara y en extremo sencilla, sencillez que desentonaba con los dos grandes y puros brillantes que adornaban las orejas de la mujer, y el que lucía cegadoramente en su mano. Una cruz adornada con brillantitos más pequeños le colgaba del cuello mediante una cadenita de oro. Electra calculó que los tres brillantes principales representaban una fortuna, y

envidió de todo corazón a la que era dueña de semejante tesoro.

—Soy Carmen Linares —dijo la joven—. Nieta de don Eladio. Mi abuelo me pidió que viniera a atenderles. Les ruega que se consideren en su propia casa y les advierte que se dará por ofendido en el caso de que ustedes vacilen en pedir algo o no se atrevan a expresar sus deseos, cualesquiera que sean.

—¿Incluso el podernos marchar? —preguntó César. Carmen asintió con la cabeza.

—Si realmente desean marcharse, transmitiré su deseo a mi abuelo y sé que él no se opondrá; pero de momento les conviene descansar. Les he hecho preparar, una cena ligera.

César observó curiosamente a la joven. Sin ser una belleza, tenía correctas facciones y una gran distinción. Representaba unos veinte años. Pero quizá tuviera menos, pues su seriedad, lo pausado de su charla y sus tranquilos ademanes influían en darle una apariencia de mayor edad. El traje sugería un cuerpo bien formado, sin excesos en ningún punto.

—¿Vive usted en el Valle? —preguntó César.

—Claro —replicó Carmen, sorprendida por la innecesaria pregunta —. Desde hace un año. Antes estuve en un convento de La Habana.

—¿Es usted cubana? —preguntó Electra.

—No. Soy californiana. ¿Desea usted cambiar de ropa, señorita?

—¿Yo? —Electra se miró como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido la conveniencia de cambiar de traje—. Sí… realmente éste no me sirve de mucho.

—Venga conmigo. En cuanto a usted, señor Echagüe, si quiere aguardar entretenido, puede pasar a la biblioteca. Por esa puerta —y Carmen indicó una tercera puerta de pesado roble, cuyo tirador, de plata, no acusaba un uso muy intenso.

Mientras Electra y Carmen se iban por donde había entrado la segunda, César entró en la biblioteca de don Eladio. Esperaba encontrar una habitación de parecidas proporciones a la anterior; pero su asombro fue enorme al verse en una sala larguísima, llena de estanterías y armarios repletos de libros de todos los tamaños. En el centro se veía un gran armario de roble tallado y decorado con la

figura de Cervantes y numerosas escenas del Quijote.

Acercóse al mueble y una simple mirada le bastó para comprender que los cientos de volúmenes que llenaban los cuatro cuerpos del mismo eran, exclusivamente, ediciones del Quijote, desde una primera edición española, hasta una reciente edición china.

Indudablemente habían llegado a un sitio notable en muchos sentidos.

CAPITULO III

DE PODER A PODER

El «Coyote» siguió a don Eladio por un largo y amplio pasillo de blancas paredes y arqueado techo. Cada seis metros pendía del techo un farol de aceite, siendo así muy intensa la iluminación del corredor. A la entrada del mismo cruzaron frente a un centinela armado con un revólver, pero cuyo aspecto no era muy enérgico. Otro centinela se hallaba en el centro del pasillo; pero no había ninguno a la puerta de la estancia en la que desembocaba el corredor.

Entró en aquella habitación don Eladio y cuando el «Coyote» le siguió limitóse a pedirle:

—Tenga la bondad de cerrar la puerta.

Obedeció el californiano, y luego examinó curiosamente el aposento.

—¿Le extraña la sencillez? —preguntó don Eladio.

El «Coyote» contestó con un encogimiento de hombros. No quería dar muestras de cultura, que hubieran resultado ilógicas en un simple bandido. Pero al mismo tiempo sus ojos recorrieron con escrutadora mirada la estancia. Amplia, rectangular, de techo abovedado, de paredes blancas, muebles renacimiento español, pero de artesanía indígena, o sea madera de la mejor calidad y mano de obra torpe. Sillones fraileros, un par de arcas de caoba con herrajes forjados, alfombras anudadas a mano, lámparas de bronce, dorado y, en las paredes, algunos cuadritos de asuntos religiosos. Entre dos estanterías repletas de grandes libros, un cuadro algo mayor representando a dos

niños acariciando a un perro. Más a la izquierda, sobre una cómoda del siglo XVI, un crucifijo de ébano y marfil. La figura de Cristo pendía sujeta por una mano al brazo de la cruz, mientras la otra, o sea, la derecha, estaba desclavada y en actitud de prestar juramento.

—Un Cellini —indicó don Eladio—. Inspirado en una leyenda toledana. Ejemplar único y desconocido. Tallado de una pieza. Como el marfil no era bastante ancho para que el Cristo pudiera tener los dos brazos en cruz, Cellini ideó lo de una mano desclavada. El cuadrito que antes miró usted es un Murillo.

— ¿Y quiénes son Murillo y Cellini? —preguntó el «Coyote» en su papel de ignorante bandolero.

—Murillo fue un famoso pintor. Cellini un escultor y otras cosas más. Me he entretenido reuniendo obras de arte de toda clase. Pero, antes de enseñárselas, quiero que vea algo muy interesante.

El anciano abrió una negra puerta, haciendo seña a su compañero para que le siguiese a la habitación contigua. Apenas hubo cruzado el umbral, el «Coyote» comprendió por qué le había llevado hasta allí don Eladio, pues éste señalaba una cama en la cual estaba tendido un hombre con el rostro cubierto de vendajes.

— ¿Le conoce? —preguntó, sin ninguna ironía, el anciano, señalando al que estaba en el lecho. Y agregó—: Padece de graves quemaduras en el rostro.

—Así parece —admitió el «Coyote».

—Se diría que le ha ocurrido lo mismo que a usted si debajo de sus vendas no hubiese un rostro sano y una epidermis sin mácula alguna. Pero es mejor que volvamos a la sala. Allí hablaremos con más tranquilidad. Y no tema.

—No temo —replicó irónicamente el «Coyote».

—Es verdad. Si acaso yo debiera temer, ¿no?

—Tampoco usted debe temer, don Eladio.

—Gracias, señor… «Coyote». Tenemos mucho que hablar.

—Usted dirá. Supongo que hablaremos de potencia a potencia.

—Creo que le necesito. Mis indios le vieron atacar al otro y luego

presenciaron la sustitución. Recogieron al herido que usted dejó entre unas matas, amordazado y atado, en espera de que llegase el comodoro Hobson y lo recogiera. ¿No pensaba usted eso?

—Sí

—También debió de pensar que si se moría antes de que lo encontraran el mundo no perdería gran cosa.

—Sí.

—Las obras del hombre son más dignas de conservación que el hombre en sí —señaló el crucifijo—. Aquí tiene una obra genial realizada por un hombre cuya moralidad no tenía nada de ejemplar. ¿Por qué no ha de estar el ser humano a la altura de las obras que nacen de su genio?

—La tierra no puede compararse a las flores que nacen de ella —replicó él «Coyote».

—Así es —admitió don Eladio—. Siéntese y hablaremos. Soy un gran admirador suyo.

—Gracias —replicó el «Coyote», sentándose en el sillón que don Eladio señalaba.

El anciano sentóse frente a él y se arregló el abrigo, para que le cubriera mejor.

—No le haré ninguna pregunta, señor —dijo—. Sé que a usted no se le pueden hacer, y que sólo contesta a aquellas que le conviene. Tampoco pretendo asustarle. No es usted hombre fácil de atemorizar. Sin embargo, permítame que le haga una pregunta. No es preciso que responda a ella. ¿Por qué ha querido entrar en el Valle? ¿Por curiosidad?

—No. Conozco sus propósitos, don Eladio. Es usted un típico producto o ejemplar de nuestra raza. Un conquistador de riquezas y luego un ganador de almas. El tipo se viene repitiendo desde hace siglos. Una lucha desenfrenada por conquistar los bienes de la tierra y, de pronto, un ansia irreprimible de darlo todo por amor de Dios. Hay razas que dieron de sí grandes guerreros. Otras dieron sublimes santos; pero ninguna, como la nuestra, produjo ambas cosas. Usted quiere sustituir a los misioneros en el cuidado de los indios. Desea evitar su total exterminio a manos de los yanquis y, sobre todo, a causa de la civilización que han traído a California.

—Ese es mi deseo. Y lo estoy realizando.

—Desgraciadamente su sueño es un imposible. Los indios están predestinados a desaparecer de nuestra tierra. En los años que siguieron al establecimiento de las Misiones, su número fue en aumento; pero al marcharse España, algo se fue con ella que ya no puede volver. Desde entonces los indios han ido disminuyendo. Al principio los mataban a tiros, luego los mataron con alcohol, y por fin, murieron a causa de las enfermedades. Hoy quedan sólo unos miles. Dentro de cincuenta años no quedará ni uno.

—Yo he reunido una fortuna para ellos, para que sobrevivan —dijo don Eladio.

—No le quedan muchos años de vida. Cuando usted muera su obra morirá con usted. Y será inútil que busque a falsos patriotas para encargarlos de defender a los indios. Juan Antonio González no podría hacer nada por ellos.

—Pero el «Coyote» sí.

—Ni el «Coyote», don Eladio.

—Yo creo que sí. He conseguido de Washington que se reconozca este Valle como reserva india. Aquí los supervivientes de tantas matanzas vivirán en paz, gozando de las rentas que yo les he preparado. Quiero que oiga mi historia. Nunca la he contado a nadie. Usted será el primero en conocerla.

—¿Y si yo no fuera el «Coyote»?

—No cabe error posible —rió don Eladio—. Usted entró en el Valle ayer y ocultó sus ropas y algunas armas, luego volvió a salir para entrar con la gente de González. En el cuarto que le he destinado encontrará armas, ropas y víveres. Todo lo que dejó en el hueco del árbol.

—Le felicito por su buen servicio de vigilancia. ¿Como no dispararon sobre mí?

—Porque no intentó usted causar daño —explicó don Eladio—. Mis centinelas vigilan los... —vaciló como si prefiriese no mencionar el nombre de lo que vigilaban sus indios, pero el «Coyote» prosiguió:

—¿Se refiere a los pararrayos?

—Sí —don Eladio procuró disimular su decepción—. Debí comprender que usted reconocería los postes de hierro.

—Me asombra su deseo de evitar el daño que los rayos podrían causar al Valle —observó el «Coyote».

Don Eladio movió la cabeza.

—Advierto su tono irónico; pero no pienso decirle aún el motivo y utilidad de esos pararrayos. Son algo tan fantástico… Pero voy a mi historia. Usted es el «Coyote» y yo hace años que deseo conocerle, tenerle frente a mí, confiar en usted. Yo nací en California bajo la dominación española. Me eduqué en la Misión Dolores. Luego las Misiones fueron secularizadas y vi destruida en unos meses la obra más grande que ha conocido América. Traté de convencer a los indios de que no debían vender sus tierras por una botella de ron. Quise que siguieran siendo fieles a las enseñanzas de los franciscanos. Fue todo inútil. Mis manos no podían detener la tempestad que asoló toda California. Estaba casado, tenía un hijo y algunas tierras. Dejé a mi mujer aquí y yo partí a Europa. Estuve en Alemania algún tiempo, luego volví. Mi hijo mayor se había casado.

— ¿A qué fue usted a Alemania?

—Quería perfeccionar mis estudios y comprar algunas cosas. Regresé por el Pacífico y a poco de volver a mi hacienda mi hijo murió. De su matrimonio quedaron dos niños. Un chico y una chica. Su esposa también murió.

—¿Sabía usted que su hijo se olvidó de formalizar legalmente su matrimonio? —preguntó el «Coyote».

Don Eladio inclinó la cabeza.

—¿Lo sabe?—preguntó en voz baja y conmovido.

—Eso sí. ¿Por qué no habla usted con entera sinceridad? Si tiene que pedirme algo es mejor apelar a la franqueza y no disimular ni pretender ocultar pequeñas cosas y graves cosas.

—¿Qué de grave le oculto? —preguntó don Eladio.

—No sé. ¿Dice que su hijo y su mujer murieron?

—Sí.

—¿De muerte natural? Quiero decir de enfermedad.

—No. Mi hijo... —don Eladio respiraba fatigosamen te—. ¡Dios mío! ¡Quisiera poder olvidar el pasado! ¡Es horrible!

—Su hijo asesinó a su mujer para que usted no supiera que él había hecho algo reñido con su severo sentido del honor, ¿verdad?

—Sí. La envenenó y quiso hacer lo mismo con sus propios hijos. Borrar la prueba de sus culpas —don Eladio quiso levantarse para dar unos pasos por la estancia. Sus rodillas se negaron a obedecerle. Respiró hondamente y siguió—: Llegué demasiado tarde para salvar a la pobre india. Pero logré salvar a mis nietos. Luego... ¿Es necesario que lo explique o lo sabe usted ya?

—Lo sé. Puede ahorrarse la explicación.

Don Eladio estuvo un rato callado. Por último siguió:

—No. ¿Para qué callar? Hice con mi hijo lo que habría hecho con cualquier otro que hubiera quitado la vida a un semejante. Le hice ejecutar.

—Lo asesinó —dijo duramente el «Coyote».

El anciano apoyó la frente en la mano y, sin mirar al «Coyote», prosiguió:

—Sí. Es cierto. Le asesiné. Unos indios... fieles servidores... ejecutaron mi sentencia. No podía hacer otra cosa. Mi mujer no pudo comprenderme. Enloqueció. Ahora está en un manicomio... particular, que yo hice luego construir para ella.

—A nadie sorprendió que la muerte de su querido hijo trastornara la razón de su esposa —dijo al «Coyote»—. Usted vino luego aquí, ¿no?

—No en seguida. Primero cuidé de que mis nietos tuvieran la debida atención que su madre no podía proporcionarles. Al cabo de un par de años encontré este Valle, lo compré y me instalé aquí. Desde entonces he salido muy pocas veces.

—Cada dos o tres años viaja usted a Europa. A Alemania.

—Sí. Veo que lo sabe todo.

—Todo no. No he podido averiguar el motivo de sus viajes. ¿Qué

vende usted en Alemania? ¿Oro?

—Algo más valioso. Pero no tardará en saberlo. De momento, le diré que en distintos bancos europeos y norteamericanos tengo depositados bienes por valor de muchos millones.

—¿Cuánto entiende usted por muchos?

—Doce millones para mis indios. Cuatro millones para mis nietos.

—¿No sería más lógico lo contrario?

—Dos millones para cada uno es suficiente.

—¿Quién administrará los doce millones? ¿Los propios indios?

Don Eladio dijo que no, con la cabeza.

—Son ingenuos como niños —siguió—. En unos meses darían fin al dinero. Por eso he pensado en usted. Será un administrador honrado. A cambio de su trabajo recibirá una fortuna inmensa, como nadie la ha soñado.

Se levantó y acercóse a una de las estanterías de la cual sacó un volumen muy grueso que tendió al «Coyote».

—¿Conoce este libro? —preguntó.

En la cubierta se leía: «Le Comte de Montecristo».

—Sí —contestó el californiano—. Lo he leído. Un portento de imaginación desenfrenada.

—Usted podría ser un nuevo Conde de Montecristo —prosiguió don Eladio—. Con una fortuna inmensa hará más cosas que con un par de revólveres.

—¿A cuánto asciende esa inmensa fortuna que me ofrece?

—Advierto, por el tono de su voz, que no cree en ella. Pues bien, ya puedo proporcionarle una fortuna de quinientos millones de dólares. Y no estoy loco.

—Siento tentaciones de poner en duda su última afirmación.

— ¡Oh! —don Eladio golpeó con el puño el brazo del sillón—. Todos creen lo mismo. ¡Que estoy loco! Bien. Le demostraré… Venga

conmigo.

Se levantó y de un bolsillo sacó un manojo de llaves. El «Coyote» no se movió de su asiento.

—¿Por qué no me sigue? —preguntó, desde la puerta, el anciano.

—Está usted cansado y podemos aguardar a mañana.

—No. Prefiero que esta misma noche conozca todos los secretos del Valle. Y el origen de mi fortuna.

El «Coyote» se levantó y, suspirando, dirigióse hacia don Eladio. Este le invitó a seguir adelante mientras él cerraba la puerta por el otro lado, explicando:

—Nadie ha de seguirnos. La experiencia me ha enseñado a desconfiar de todos.

—Quizá fuese mejor que siguiera desconfiando de todo el mundo.

Estaban en un corredor alumbrado tenuemente por lámparas colocadas en los muros. Estos eran de pie sin encalar. Al final del pasillo encontraron a un indio, encargado de la vigilancia y del cuidado de las lámparas. Saludó inexpresivamente al anciano y miró un momento al extraño compañero de don Eladio. Este explicó:

—Es el «Coyote», Cecilio. El continuará mi obra en pro de tus hermanos.

El indio lanzó un leve gruñido gutural y fue a abrir una estrecha puerta de hierro, preguntando al viejo:

— ¿Bajo a encender las luces?

—Sí.

La férrea puerta daba a una escalera de caracol que se hundía en las profundidades de la tierra. De ella brotaba un olor extraño, como a productos químicos almacenados.

Don Eladio y el «Coyote» bajaron en pos del piel roja.

CAPITULO IV

La estancia que se encontraba al final de la escalera era de enormes proporciones. El «Coyote» la estuvo examinando a medida que Cecilio iba encendiendo las lámparas, hasta conseguir una brillante iluminación. Cuando hubo terminado se retiró, sin cambiar ni una sola palabra con los dos hombres. Don Eladio cerró la puerta, asegurándola con dos cerrojos, y luego preguntó a su compañero:

—¿Le sorprende?

—Ya nada me asombra.

Con un ademán abarcó la estancia con sus mesas de mármol y plomo, y los numerosos hornos que se alineaban, como nichos, en el lado derecho.

—Parece un laboratorio —dijo.

—Lo es —contestó el viejo—. ¿Qué le parece esto?

Abrió la puerta de uno de los hornos. Era de acero y de unos sesenta centímetros de espesor.

—No soy químico. Parecen cajas de caudales. Pero son hornos.

—Sí. Los hicieron en Alemania, de acuerdo con mis planos. Pero ni ellos sabían para qué eran. Puede que algún día esto no sorprenda a nadie; pero ahora, cualquier científico se asombraría lo mismo que usted. Estos hornos generan un calor como jamás se ha conseguido. Quince mil grados centígrados. ¿Lo asombra?

—No. Ya nada me sorprende; pero en cambio empiezo a sentir curiosidad. Quince mil grados es mucha temperatura. Nadie lo ha conseguido. ¿Cuánto carbón necesita para ello? ¿Cómo lo trae?

Don Eladio sonrió halagado por la admiración de su visitante. Abriendo una caja forrada de plomo mostró su contenido. El «Coyote» vio una masa oscura y escamosa.

—¿Es este el carbón que usa? —preguntó.

—Sí. Grafito purísimo. Lo hay cristalizado, muy raro; pero muy útil. Venga. Le enseñaré algo más.

Abrió una puerta de acero y descubrió una especie de caja de caudales. De ella sacó una especie de piedra irregular que tendió al «Coyote».

—¿Qué le parece esto?

—Diría que es cuarzo. Un notable ejemplar. ¿Procede del Brasil?

Don Eladio se echó a reír. Parecía un niño encantado de sorprender a una persona mayor.

—No es cuarzo —dijo—. Es un brillante. Y de la mejor calidad. Purísimo.

El enmascarado frunció el ceño mientras examinaba aquel pedrusco mate y cristalino. No tenía semejanza alguna con un brillante. Ni era posible que existieran brillantes de aquel peso. Era, desde luego, cristal; pero sin brillo ni transparencia. Luego miró hacia la caja de caudales. Dentro había otros catorce o quince pedriscos semejantes.

—Si fuera un brillante valdría diez fortunas.

—Las vale —contestó don Eladio—. Es una de mis mejores piedras.

—Bien. Usted tiene la palabra. Yo estoy asombrado y lleno de curiosidad; pero no puedo decir nada. Explíqueme su secreto.

Por la expresión del anciano, el «Coyote» había comprendido que don Eladio no bromeaba. Pero esto no quería decir que no estuviese loco. Los locos hablan, muchas veces en serio, aunque digan las mayores barbaridades.

—Noto que no me cree. Piensa que está frente a un chiflado.

—Desde luego. Además nunca he sabido de minas de diamantes en California.

—Yo no saco los diamantes de la tierra, señor «Coyote». Los hago. Es mucho más sencillo... para mí.

Lanzó un suspiro. Como en el laboratorio hacía mucho calor se quitó el abrigo y alisóse con las dos manos la nivea cabellera.

—Parece mentira la sencillez con que se producen los más fantásticos descubrimientos. Pequeñas causas, grandes efectos. Hace muchos años leí un libro que hablaba del carbón y de que los brillantes no son más que eso: carbón cristalizado. Teóricamente todo

había sido resuelto. «Déme carbón y calor suficiente, y le devolveré brillantes.» Incluso se había conseguido fabricar brillantes legítimos; pero tan pequeños y tan caros, que resultaba más práctico ir a buscarlos a África o al Brasil. Por curiosidad hice la prueba y obtuve diamantes como cabecitas de alfiler. Si los hubiese vendido no me habrían dado ni la centésima parte de lo que me habían costado; pero lo importante era que me había convencido de que la teoría y la realidad eran una misma cosa. Podían hacerse brillantes. Reuní todo el dinero que pude, compré libros, estudié y... ¿Cree usted en Dios?

La inesperada pregunta desconcertó al «Coyote».

—Sí —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Creo que El me fue inspirando. Porque todo me salía bien a pesar de que al principio mis conocimientos técnicos eran muy escasos. Esa inexplicable facilidad me hizo comprender que debía emplear en mis semejantes la fortuna que Dios me proporcionaba. Los indios eran como los desheredados de la fortuna en una tierra donde el oro se había dado tan pródigamente. Yo quise remediar la injusticia.

El anciano hizo una pequeña pausa para tomar aliento y continuó:

—En Alemania compré los primeros elementos que necesitaba. —Movió la cabeza—. A pesar de mi suerte tropecé con un sin fin de problemas que estuvieron a punto de desanimarme; pero siempre, cuando ya estaba a punto de abandonar la partida, venía a mí la inspiración y el problema se resolvía casi de la noche a la mañana.

—¿Y el combustible para generar ese calor tan intenso? —preguntó el «Coyote».

—Esta parte del problema fue la primera que resolví, teóricamente —respondió don Eladio—. Sin tal base no habría podido empezar, pues no contando con una fuente generadora de calor muy barata era inútil seguir un camino que otros sabios mejores que yo habían tenido que abandonar. Hacer diamantes, señor «Coyote», es muy sencillo. Es un problema que se resolvió hace años; de la misma forma que se ha resuelto la composición química del cuerpo humano. Pero lo difícil está en poder hacer lo que técnicamente se sabe cómo está hecho.

Don Eladio miró fijamente al «Coyote» antes de continuar:

—Este valle tiene mucha agua. Agua helada durante todo el año, por la fusión de los hielos en sus cumbres. Y en verano son continuas las tormentas eléctricas. ¿Comprende?

—¿Agua y electricidad? —El «Coyote» movió nega tivamente la cabeza—. No entiendo.

—Es natural. Si hace setenta años se hubiera hablado de que los barcos irían movidos por el vapor, y de que en vez de caballos se utilizarían locomotoras capaces de desarrollar una velocidad superior a la del viento más huracanado, la gente se hubiese echado a reír. Si alguien hubiera dicho que desde Los Angeles a Nueva York se podría enviar un mensaje escrito en unos minutos se hubiera tenido por loco al que lo núblese pronosticado. ¿Y la iluminación por gas? Todo es fantástico y, sin embargo, la costumbre nos hace verlo como lo más natural y sencillo del mundo. El vapor es la fuerza de hoy. La electricidad será la fuerza de mañana, que hoy, para la mayoría está en sus comienzos. Sin embargo, para mí está ya en toda su plenitud. Yo la he dominado. Lo único imposible hasta ahora ha sido producirla en las cantidades necesarias. Mejor dicho, no he podido producirla a mi antojo con la fuerza suficiente para generar ese inmenso calor que necesito. Por ello he de recurrir a la electricidad celeste. ¿Comprende ahora el por qué de la cortina de pararrayos que rodea las cumbres del Valle?

—Sigo sin comprender; pero en cambio estoy lleno de curiosidad. Continúe.

—Ahora se acerca la época de las tempestades. Pronto se producirán descargas eléctricas. Y con ellas el calor que necesitan mis hornos eléctricos. ¡Los primeros del mundo!

Don Eladio irguió su blanca cabellera. Los ojos le brillaron como ascuas. Sentía el orgullo del sabio investigador que se ha anticipado no sólo a sus competidores, sino a su propia época.

—Ya le dije que el diamante no es más que carbón cristalizado —siguió—. El carbono es alotrópico —y presintiendo que su compañero no entendía la palabra, agregó—: es decir, que existe bajo distintas formas; pero conservando siempre su... llamémosle «personalidad». Incluso tiene distintas propiedades; pero siempre es carbono.

El hombre parecía ensimismado en su disertación:

—Partiendo de ese punto, cogí grafito puro —rosiguió—. Vulgar grafito, del que sirve para hacer lápices y en estos hornos lo sometí a altísimas presiones y a un calor terrible. La presión la obtengo con el agua. El calor con la electricidad que recogen mis pararrayos. En vez de enviar la chispa eléctrica a la tierra, los cables de los pararrayos la

traen a estos hornos y, en una fracción de segundo obtengo el inconcebible calor que necesito. El carbono, normalmente, es soluble, pero puede fundirse como metal, como se funde la arena. El problema estaba en cristalizar rápidamente el carbono y mantener, al mismo tiempo su consistencia. Una cristalización fulminante y, en seguida, por medio del agua, producir un velocísimo enfriamiento. El resultado final es éste:

El anciano sacó del armario una bolsa de gamuza y la vació sobre un trozo de terciopelo que se hallaba extendido sobre la mesa. Fue como si se hubiera vaciado una cascada de luz. Un centenar de hermosos brillantes rodaron sobre el terciopelo, ante los ojos del «Coyote».

—Puede examinarlos —dijo don Eladio—. Estos, ya han sido tallados en Holanda. Siempre traigo unos cuantos para regalarlos a las personas queridas. Esta vez traje tres para mi nieta. Eran los mejores del lote.

—¿Por qué no los hace tallar más grandes? —preguntó el «Coyote»—. Un bloque del tamaño de éste debiera dar de sí mucho más —agregó, señalando la masa cristalina que antes le había mostrado don Eladio.

—Los brillantes pierden peso al ser tallados —explicó el viejo—. Además, unos cuantos brillantes tan grandes llamarían mucho la atención. Se investigaría y hasta podría ocurrir que al saberse que los brillantes se pueden producir como cualquier cristal, su precio bajaría tanto que ya no sería negocio fabricarlos. Es mejor partirlos en piezas de uno a cinco quilates. Se venden más fácilmente, no dejan ninguna pista, no sorprenden a nadie y siempre hay mucha más demanda que oferta. Incluso haciendo trabajar intensamente los hornos no puedo cubrir toda la demanda que recibo. Harían falta el doble o el triple.

—¿Y no sospechan nada los talladores?

—Conocen la verdad —sonrió el anciano—. Pero a ellos les interesa tanto como a mí que el secreto no se divulgue. Lo pasarían muy mal si la gente dejase de dar valor a los brillantes. Todos guardamos el secreto y todos nos beneficiamos de mi descubrimiento.

—Eso quiere decir que sus brillantes son realmente brillantes, capaces de ser analizados sin que se descubra ninguna falla.

—Son tan legítimos como los que se encuentran en la naturaleza. Supongo que el proceso de formación ha sido casi el mismo. Para mis

clientes resulta maravilloso y muy conveniente tener bloques de diamantes que les permitan suministrar collares formados por diez, veinte o cuarenta piedras exactas de forma y tamaño.

—¿Y cómo justifican la procedencia de sus piedras? —preguntó el «Coyote»—. ¿No examinan sus libros?

—No lo sé; pero oficialmente, en este Valle existe una mina de diamantes, yo soy su dueño y los joyeros holandeses son mis clientes. Conservo además, una cantidad bastante grande de piedras que no alcanzaron el grado de pureza necesario. A veces esperamos una chispa fuerte y sólo llega hasta los hornos una débil descarga de cinco o seis mil grados centígrados. Entonces la cristalización del grafito no alcanza el grado necesario y tenemos diamantes con partículas carbonosas. Podrían servir para joyas de menos valor; pero yo prefiero guardarlos con vistas a su utilización industrial. No existe acero capaz de alcanzar la dureza del diamante. Algún día la industria usará diamantes para muchas cosas, y muchos trabajos.

Don Eladio lanzó un suspiro y terminó:

—Ya conoce mi secreto y el de mi fortuna. Faltan muchos detalles, pero lo esencial está explicado. Electricidad, grafito y agua.

— ¿Y cómo resisten esos hornos tan altos calores? —preguntó el enmascarado—. ¿Cómo no se funden también ellos? ¿Cómo asimilan la descarga?

—Ya le he dicho que sólo le he explicado la teoría. Lo demás se lo iré detallando en los días sucesivos. Porque usted ha de continuar mi obra. Yo no he podido hacer por los indios todo lo que deseaba. La necesidad de ganar dinero para ellos me ha impedido poner en ejecución mis ambiciosos planes. Quiero construir en el Valle una gran universidad donde los indios aprendan artes y oficios. Les enseñaré a volver a la tierra, a cultivarla, a obtener de ella generosos frutos...

Don Eladio estuvo hablando durante mucho tiempo. El «Coyote» le escuchaba compadecido de sus ilusiones y de sus ingenuos proyectos. Por fin, su silencio y el que no se sumara, entusiasmado, a sus propias ideas, obligó a don Eladio a preguntar:

—¿Es que le parece irrealizable?

El «Coyote» se encogió de hombros.

—Prefiero no engañarle, don Eladio —dijo—. Yo no soy la persona

más indicada para llevar a buen fin sus ideales.

—¿Desprecia a los indios? ¿Se ha contagiado de la inmoralidad de los yanquis, para quienes el color de la piel significa mucho más que la pureza del alma?

—No. Soy amigo de los indios. He procurado ayudarles siempre que me ha sido posible; pero no llevo mi aprecio hacia ellos hasta los límites que usted. Los indios no me parecen mejores de lo que son. No pierdo de vista la realidad. Usted sí. No se da cuenta de que los indios son una raza salvaje, con todas las cualidades y defectos inherentes. Si usted pudiera colocar en nuestro mundo actual a un hombre de las cavernas, el resultado sería desastroso para aquel hombre. No se puede saltar en un siglo el espacio que otros han recorrido en treinta. Los indios americanos se han encontrado bruscamente en el siglo diecinueve o dieciocho, cuando sus espíritus estaban acostumbrados a vivir como vivían los blancos hace veinticinco o treinta siglos. Esta es su tragedia. No pueden adaptarse a la época actual.

—¿Y deben ser exterminados? —gritó don Eladio.

—Desgraciadamente, serán exterminados. Por lo menos en la América del Norte. La distinta moral de los anglosajones con respecto a los españoles es la causa principal de que los indios norteamericanos no puedan sobrevivir. Para unos lo que importa es el cuerpo, la piel. Peca el cuerpo y es el cuerpo el que debe ser castigado. Por eso cuando los pieles rojas, ofendidos o humillados, se sublevan, los amos no piensan más que en castigar a los cuerpos. En cambio nosotros conquistamos de otra manera. El cuerpo no importa. Es el traje que usa el alma en esta vida. El alma es, por lo tanto lo más importante del hombre. Sus pecados son del alma. El alma no puede ser castigada; pero sí reformada. ¿De qué sirve castigar al cuerpo si la culpa está en el espíritu? Por eso, al sur del Rio Grande viven docenas de millones de indios, y al norte, en listados Uní dos, sólo subsisten unos pocos miles. En Massachussetts, Plymouth y Connecticut, los indios mataron, en una te-rible sublevación, a seiscientos colonos. Hoy no queda ni un piel roja en esos lugares. De la locura de sus almas fueron culpados y castigados. En Colombia, en un solo levantamiento, los indios mataron a veintidós mil colonos. Sin embargo, en Colombia aún quedan miles de indios. Allí resultó fácil evitar el exterminio. Aquí, con otra moral y otra visión de las cosas es imposible. Todo cuanto se haga será inútil. Usted lo sabe. Pero quiere realizar un milagro.

—Yo he conseguido que este Valle sea respetado por los norteamericanos. En Washington se ha reconocido la importancia de

mi labor. Se ha prometido respetar el Valle. Las tierras de éste son mías y de los pieles rojas. Nunca serán invadidas.

—Si usted creyera eso no pediría mi ayuda —observó, irónico, el «Coyote»—. Pero usted sabe que ha edificado en arena. Que esta isla de paz para el indio será destruida en cuanto usted falte.

—La felicidad ajena siempre irrita a los hombres de baja moral. Yo sé que, viendo como mis indios viven en paz y prosperidad, habrá mucha gente dispuesta a acabar con esa paz. Sé que intentarán apoderarse del Valle por uno u otro motivo. Y quiero que haya un jefe enérgico, capaz de hacer comprender a los invasores que el precio que tendrían que pagar por su ataque sería muy elevado y en desproporción con el valor real de estas tierras.

—Antes de que eso ocurriera, los propios habitantes del Valle habrían destruido su obra, don Eladio. ¿A qué se dedican sus indios ahora?

—Son pastores y cultivan algún trozo de tierra.

—Pero viven exclusivamente de los brillantes que usted, fabrica.

—De momento, sí. Pero más adelante...

—No, don Eladio. Más adelante querrán vivir igual. Seguirán plantando maíz y dejándolo que crezca a su antojo. Seguirán cuidando rebaños, porque ese trabajo es sencillo, permite el estarse tumbado sobre la hierba dejando a cargo de un perro el impedir que las ovejas se alejen demasiado. Pero si cree que los indios se van a conformar con vivir encorvados sobre la tierra, trabajándola sin descanso, como haría un blanco, está usted soñando. Y lo peor es que usted sabe qué es así. Comprende que no podrá transformar a los indios y quiere que yo los defienda y los alimente como si fuesen chiquillos desvalidos.

Don Eladio sentóse en un sillón frailero. Padecía más viejo que una hora antes.

—Tiene razón en mucho de lo que dice —admitió—; pero yo he traído aquí a mis indios, les he hecho soñar y no puedo despertarlos. Están armados por mí con las mejores armas que existen. Han aprendido a manejarlas eficazmente. Mientras estén alimentados y cuidados, no serán peligrosos; pero si les falta la ayuda que ahora reciben se volverán peligrosos y llevarán la muerte y la desolación a muchos lugares.

—Ahora me gusta más, don Eladio —sonrió el «Coyote»—. Ahora dice la verdad. Recogió usted unos gatitos desvalidos y hambrientos, los cuidó, los mimó, y, de pronto se dio cuenta, cuando ya era demasiado tarde, de que no se trataba de gatos, sino que eran tigres. Mansos y cariñosos mientras no les falte su comida; pero terribles y sanguinarios cuando queden esclavos de sus instintos, por desaparecer su cómoda pitanza. Les ha dado uñas y ahora ve que no se las puede quitar.

—Y tampoco puedo exterminarlos porque mía es, la culpa de que hayan llegado a ser lo que son. —Don Eladio lanzó un suspiro—. Esta es la verdad. Soy esclavo de mi propia obra, de mis errores y de mi romanticismo.

—¿Por qué no ha huido del Valle? ¿No ha podido hacerlo aprovechando uno de sus viajes a Europa?

Don Eladio dijo que no con un movimiento de cabeza.

—No pude. Mi nieta se ha quedado siempre aquí. Y mi nieto. No los dejan marchar.

— ¡Ah! ¿Tan grave está la cosa?

—No... Se guardan las apariencias; pero la mayoría de los indios reaccionan ya como usted dice. Los idealistas no podemos actuar con la energía necesaria. No se respeta a quien no se teme. He creado un espectáculo muy teatral que no impresiona a nadie. Quisiera que me temieran un poco.

El «Coyote» sintió una gran piedad por aquel hombre que había perseguido el bien de sus semejantes y estaba descubriendo que había creado un grave peligro para sus otros semejantes.

—Pero usted tiene gente de confianza aquí, ¿no?

—Cecilio, el guarda de la entrada del laboratorio, y unos cuantos más que vigilan fuera del Valle. Ellos me adviertieron de su presencia y encontraron sus ropas y armas. En total unos ocho o nueve.

— ¿Y su nieto?

—El es mi mayor fracaso... y mi castigo.

—Pues ahora que ya nos hemos entendido y usted ha hablado con franqueza, dígame qué desea. Pero dígame la verdad. Sin adornarla

con bellos disfraces.

—Le hablaré con toda franqueza. Quiero entregarle todos los brillantes que guardo en este laboratorio. Le daré los nombres de mis clientes en Amsterdam. Todo lo que obtenga por ellos es para mi nieta.

— ¿Cuánto pueden valer?

—Hace dos años que no he ido allí. Necesitan los brillantes. Los pagarán muy bien. Tres millones o tal vez cuatro. Y más, mucho más si ocurriera lo que puede suceder y ya está previsto en la carta que escribiré esta noche y le entregaré mañana. Lo demás, o sea lo que está en el Banco y aquí, lo dejaré a los indios, para que vivan hasta...

Movió la cabeza.

—En realidad no sé qué hacer —siguió, tras una pausa—. Me hallo en un callejón sin salida. Puedo seguir adelante por algún tiempo. Sin embargo, ya sé cuál va a ser el obstáculo final. Cuando supe que el «Coyote» andaba detrás de González decidí dar asilo a éste. Pensé que podría ayudarme a salvar algo.

—¿No piensa usted en su nieto?

—Sí. El heredará todo esto. Aquí —señaló el armario de donde había sacado los brillantes—. Aquí está la explicación de cómo se transforma el grafito en diamante. Ahora llévese esto y guárdelo en su habitación. Siga pasando por el bandido herido. Como él está bien oculto, nadie sospechará la duplicidad. En su cuarto he dejado su ropa de «Coyote».

Mientras hablaba, don Eladio se levantó y fue sacando las piezas de diamante en bruto. Las había ligeramente regulares; pero en su mayoría eran como grandes pedruscos. En su lugar el anciano colocó otros bloques parecidos, explicando:

—Estos son los diamantes defectuosos, en los cuales no se consiguió toda la vitrificación.

— ¿Por qué los saca? —preguntó el «Coyote».

—A veces mi nieto baja al laboratorio. No quiero que se dé cuenta de la sustitución.

El «Coyote» cogió el saco de cuero en que el dueño del Valle había

metido los diamantes.

— ¡Caray! —exclamó—. ¡Cuánto pesa!

Don Eladio se echó a reír.

—Sí; pero aún pesaría mucho más el oro equivalente a su valor.

—¿Por qué no quiere hablarme de su nieto? —preguntó el enmascarado, cuando don Eladio se dirigió hacia la puerta de la escalera.

—Ya le conocerá —musitó el anciano—. Entonces comprenderá muchas cosas.

—Si me las explicara ahora... El otro movió negativamente la cabeza.

—No. Ya le verá.

Apagó las luces, excepto una de aceite que emitía una luz tenue y amarillenta que prestaba al abovedado laboratorio un raro aspecto de cripta conventual. El. «Coyote» pensó en la cueva de un alquimista y en que don Eladio hubiera parecido uno de aquellos ela-boradores de fantásticos elixires con sólo que hubiera cambiado su abrigo y su traje californiano por una vestimenta medioeval.

—¿Piensa en que está siendo testigo de una gran transformación mundial? —preguntó don Eladio, clavando sus escrutadores ojos en el vendado rostro de su compañero.

—Ignoro hasta qué punto puede su descubrimiento influir en la civilización.

—En nada, señor «Coyote». Mi descubrimiento debe permanecer secreto para que tenga algún valor para nosotros.

Salieron del laboratorio. Al llegar arriba, Cecilio acercóse al anciano.

—Se ha dispuesto una reunión para mañana —dijo.

Don Eladio respiró profundamente.

—La tempestad se condensa sobre nuestras cabezas —murmuró—. Vamos.

Siguió pasillo adelante. Al «Coyote» le indicó;

—He dispuesto su habitación junto a la enfermería. Tendrá que descansar junto al herido cuyo puesto ha usurpado.

Horas antes aquel hombre le había parecido al «Coyote» dueño absoluto del extraño Valle. En cambio ahora lo estaba viendo prisionero de su propia obra, cautivo de sus protegidos, derrotado por sus propios ideales.

CAPITULO V

LA MARCA DEL «COYOTE»

El «Coyote» acercóse al camastro en que estaba tendido el hombre a quien empujara contra la hoguera. Indudablemente lo había elegido bien por su estatura y corpulencia. Sobre una mesita junto al lecho había un vaso y un frasco de una fórmula opiada. El narcótico había hecho sus efectos en el herido. El enmascarado supuso que se le había dado para evitarle a él las incomodidades de las quejas del herido.

En un rincón había otra cama de campaña y sobre ella el paquete de ropas y armas que el «Coyote» había ocultado en el Valle, para utilizarlos una vez dentro. Examinó los revólveres, alegrándose de tenerlos de nuevo. Conservaba un pequeño Colt «Wells y Fargo»; pero sentíase inerme con un revólver que sólo podía alcanzar veinte metros con precisión.

De momento ciñóse las pistoleras a la cintura y después de comprobar si estaban cargadas las armas salió de la habitación en busca de la ocupada por su hijo.

Llevaba el saquito de los diamantes y preguntábase mentalmente dónde podría guardar una cosa de tanto valor.

Inmediatamente a la suya estaba la habitación de César. Por la cerradura vio sobre una silla las ropas de su hijo; pero al abrir la puerta tuvo la clara impresión de entrar en una estancia vacía. El cuarto era espacioso y a la derecha de la puerta se veía una cama grande en la que alguien dormía apaciblemente.

Iba a acercarse a la cama cuando de otra habitación le llegó una

risa femenina.

Cerrando la puerta sin acabar de entrar en el cuarto, el «Coyote» se dirigió hacia la habitación de donde llegaba la risa.

No había cerradura y sí un simple tirador de porcelana; pero al tratar de abrir, el «Coyote» notó la resistencia que ofrecía un fuerte cerrojo al otro lado. El ligero ruido que produjo el choque del cerrojo acalló las voces al otro lado de la puerta; pero el enmascarado ya había oído lo suficiente.

— ¡César de Echagüe! —llamó—. ¡Abre!

Sonaron pasos al otro lado de la puerta, abrióse ésta y el «Coyote» se encontró frente al largo cañón del revólver que empuñaba su hijo, tras el cual vio a dos mujeres que le miraban con evidente inquietud.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

César se hizo a un lado, y cuando su padre estuvo dentro de la habitación, corrió nuevamente el cerrojo. Carmen y Electra eran las dos mujeres que acompañaban al joven en la estancia, sin duda la destinada a Electra. Esta y César vestían batas similares. Carmen llevaba la misma ropa de antes.

—Usted es el «Coyote» —señaló Carmen.

El enmascarado dijo que sí con la cabeza.

—¿Ha venido porque sabe lo que ocurre? —preguntó la joven.

—¿Qué ocurre? Las he oído reír…

—No, no se trata de nada divertido —dijo Carmen. Fue hacia el «Coyote»—. Ni yo sé por qué me he reído —dijo—. Fue como una reacción defensiva frente al drama que se está fraguando…

—¿Dónde? —preguntó el «Coyote».

—Fuera. El Valle está en plena agitación. ¡Ya no quieren a mi abuelo!

Carmen hacía esfuerzos por no dejarse arrastrar por el fácil camino del llanto. El «Coyote» la observaba atentamente, escrutando sus rasgos y descubriendo al fin algunas huellas de sangre india.

—¿Por qué me mira? —preguntó Carmen.

—Sentía curiosidad. ¿Por qué no quieren a su abuelo?

—Les hacen ver mentiras y egoísmos. Tuve que salir de allí porque no podía contenerme.

—¿De dónde salió?

César habló por ella.

—Los indios del Valle se han reunido para oír a su sumo sacerdote, qué por lo visto es una serpiente emplumada, y están dictando sentencias de muerte contra todos los blancos.

—¿Hasta contra usted? —preguntó el «Coyote» dirigiéndose a Carmen.

—Yo tengo sangre india, y ella —señaló a Electra— también. Todos los demás han de morir.

—¿Todos? ¿Hasta su abuelo?

—A él sólo quieren detenerlo para que descubra la mina de brillantes.

El «Coyote» soltó una risa.

—¿Ya lo han descubierto? ¿Por medio de quién?

—No lo sé. Han llegado forasteros.

—Debe de ser mi padre —dijo Electra.

—Todos han sido hechos prisioneros por los indios —siguió Carmen—. González, su gente y los forasteros.

—¿Y piensan matarlos? —inquirió el «Coyote».

—Están celebrando una ridicula ceremonia. La Serpiente emplumada y el Águila.

Carmen Linares asintió.

—Nos estaba describiendo a esos fantoches y nos hizo reír .— explicó César.

—¿Dónde están? —preguntó el «Coyote».

—Han improvisado un templo en la nave de la fábrica de hilados y tejidos que mi abuelo estaba preparando.

—Bien. Quédense aquí mientras yo voy...

—¿Le acompaño? —preguntó César.

—Sí. Vamos. ¿Temen quedarse solas? —preguntó a las mujeres.

Las dos movieron negativamente la cabeza. ¿Qué miedo podían tener, si se sabían indultadas del único peligro posible?

Salieron padre e hijo. Apenas habían dado dos pasos hacia la habitación de César cuando del interior de ésta llegó una exclamación de ira o despecho.

El «Coyote» llegó a la puerta, que estaba abierta, y vio junto al lecho en que parecía estar tendido su hijo a un indio que miraba incrédulamente el cuchillo que tenía en la mano. El hombre, sin darse cuenta de la presencia del enmascarado tendió la mano izquierda hacia las sábanas y tirando de ellas dejó al descubierto el lío de alfombra y ropas con que César había fingido estar en la cama mientras acudía a la llamada de Carmen Linares.

—¿Qué cuenta tenías pendiente con el chico? —preguntó el «Coyote» mientras desenfundaba un revólver.

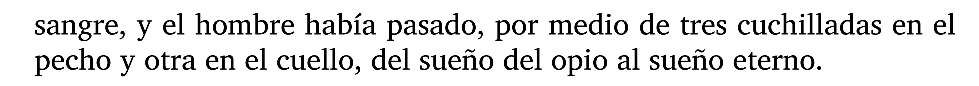
El indio se volvió de un brinco y en seguida lanzó un chillido de espanto; luego, como loco, se precipito contra el «Coyote» sin pensar que sólo iba armado de un cuchillo y sin dejar a su contrario más alternativa que disparar con el arena a la altura de la cadera, metiendo un balazo entre las cejas del indio, que ni aun así se detuvo. Ya muerto aún chocó tan violentamente con el enmascarado que ambos cayeron al suelo. Sólo el «Coyote» se levantó, comentando para su hijo:

—Cuando ocurren cosas como esta siempre pienso con inquietud que puede fallar el cartucho y no darme tiempo de disparar otra vez.

—¿Por qué debió de chillar? —preguntó César.

—Tranquilízalas —ordenó su padre, indicando con un movimiento de cabeza la habitación de las dos mujeres—. Voy a mi cuarto.

Sus presentimientos no le habían engañado. Como esperaba, el camastro en que había dormido el bandido estaba empapado en


sangre, y el hombre había pasado, por medio de tres cuchilladas en el pecho y otra en el cuello, del sueño del opio al sueño eterno.

— ¡Dios mío! —susurró tras él su hijo.

Don César se volvió.

—Vámonos —dijo—. No me gusta este Valle y no quiero pasar ni un minuto más en esta casa. Me siento como encarcelado.

Se empezó a arrancar los falsos vendajes y reapareció don César de Echagüe menos risueño que de cos tumbre, con una expresión dura y amenazadora que alteraba totalmente su rostro.

—Han querido asesinar a alguien —Dijo César—. Pero, ¿a quién?

—¿No comprendes aún? —preguntó don César a su hijo—. No han querido matar a este infeliz. Deseaban acabar con el «Coyote» y contigo. ¿Qué han dicho las mujeres?

—Están muertas de miedo.

—No me extraña. Este Valle se va a convertir pronto en un lugar muy terrible. La codicia y el odio se han reunido y confabulado.

Acabó de vestirse con su inconfundible traje y al preguntarle su hijo si no se arriesgaba demasiado presentándose bajo aquel aspecto, replicó:

—Sé que tratan de acabar conmigo y… —se echó a reír—. ¿No has leído que los militares procuran que la muerte los encuentre vestidos de uniforme? Si he de morir, prefiero hacerlo de uniforme.

—¿Todo esto lo arma el viejo?

—Al contrario. Se lo arman a él. Han querido dejarle sin posibles auxiliares. Por eso trataron de matarme. El chillido del indio al verme a la puerta de tu habitación se debió a que me creía muerto y no imaginaba haber matado a otro.

—¿No es peligroso para ellas dejar a las muchachas aquí?

—De momento sería más peligroso llevarlas con nosotros.

—Pero, ¿quieres huir de este Valle, papá?

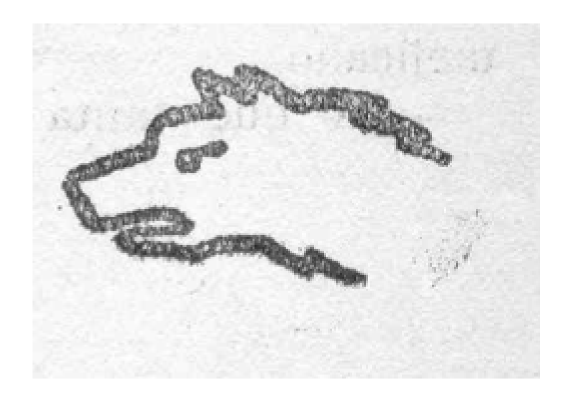
—De esta casa, que tiene mucho de ratonera. Vamos.

—¿Y el viejo?

—Dudo que podamos dar con él. Además, no le harán ningún daño, mientras no descubran su secreto. Está seguro. Ven.

Cogió el saquito de los diamantes y antes de marcharse sacó una de las piedras ya talladas que le entregara don Eladio, y en el cristal del espejo de su habitación escribió:

«Me doy por asesinado, con la diferencia de que seré el primer asesinado que ha castigado a su asesino y castigará también a quienes proyectaron su muerte.»



Un momento después, padre e hijo se perdían en la espesura de los bosques cercanos, mientras el cielo comenzaba a teñirse con las primeras luces del nuevo día, que tan pródigo iba a ser en violencias.

CAPITULO VI

SANGRE EN EL VALLE

—¿Sabe lo que le digo, patrón? Pues que si el viejo le dio promesa de protegerle en el Valle, lo mejor que puede decirle es que ya no necesita su protección, que se la agradece mucho y que hemos decidido largarnos.

González miró, pensativo, a su lugarteniente.

—No sé —murmuró—. A mí tampoco me gusta lo que está

ocurriendo; pero hemos ido demasiado lejos No podemos volvernos atrás.

—No nos dejarían volver atrás, ¿verdad? —preguntó Aparicio.

—Temo que no.

Estaban en un a modo de cobertizo, con paredes de ladrillo y piedra y tejado de grandes losas de pizarra. Sus caballos habían quedado fuera y Juan Antonio González empezaba a temer que, más que huéspedes, fuesen, ya, prisioneros.

—¿Por qué no probamos de marcharnos?

González dijo que no.

—Antes hemos de averiguar a ciencia cierta si es verdad lo que sospechamos o bien si sólo se trata de falsa alarma.

Dirigiéndose a la puerta, que era de sólida madera reforzada con clavos de hierro de enorme cabeza que mantenían unidos en cruz de múltiples aspas unos travesaños de roble. Para forzar aquella puerta se hubiese necesitado una pieza de artillería. Mientras se acercaba a ella, González temía hallarla cerrada.

Hubiera respirado con alivio si, a pesar de encontrarla abierta, no hubiera visto al otro lado, y junto a ella, una guardia compuesta de no menos de doce indios armados con escopetas de doble cañón —tan peligrosas en una lucha a corta distancia— y revólveres de seis tiros. Es indudable que la presencia de los pieles rojas junto a la puerta del que se podía considerar cuartel de los hombres de González no tenía nada de casual y obedecía a un decidido propósito de impedirles, sí no la fuga, por lo menos que husmearan donde no les importaba.

Al aparecer González, un indio alto y fornido, que se cubría con una manta de vivos colores, acercóse a él sonriendo entre orgulloso y despectivo:

—¿Qué busca el extranjero? La noche es húmeda e incómoda para emplearla en pasear por el campo.

La luz de una hoguera en torno a la cual sentábanse parte de los centinelas dio en el rostro de González y le identificó a los ojos del indio, que cambió levemente el tono de su voz.

— ¡Ah!—exclamó—. Es el jefe. El nuestro me encargó que, si podía

hablas contigo de manera que tus hombres no te oyesen, te dijese que tendrá mucho gusto en recibirte. Ahora es un buen momento.

—¿Qué me tiene que decir don Eladio? —preguntó González.

El indio se echó a reír.

—Don Eladio es el jefe viejo que ya no tiene colmillos ni garras. Hay otro jefe joven y lleno de energías. Ven.

González se volvió hacia la puerta del cobertizo.

—Avisaré a mi gente —dijo.

—No es necesario —replicó el otro—. Tienen sueño y están cansados. La noche se hizo para dormir.

González dirigió la vista en torno, buscando los caballos. El indio adivinó fácilmente el objeto de su mirada.

—Los caballos están en una cuadra comiendo y descansando. El aire libre es malo para ellos. Han tenido demasiado. ¿Quiere acompañarme el extranjero?

—Esto no es lo que se convino —dijo González—. Mi gente iba a tener permiso para ir donde quisiera. No se acordó, ni mucho menos, que se la encerrase en un almacén...

—La puerta está abierta y sus hombres pueden salir cuando deseen. Nadie intentará causarles ningún daño mientras ellos se abstengan de usar sus armas. Pero si atacaran recibirían dura respuesta.

—Lo imagino —refunfuñó González—. He sido un estúpido al venir aquí.

—Creo que no lo fue —contestó el indio—. Bastantes hombres le perseguían sañudamente. Hubiera tenido que luchar con ellos.

Por el camino se acercaban jinetes, cuya presencia se anunciaba por el eco de los cascos sobre la tierra. Los centinelas volvieron la vista hacia la ancha carretera central del Valle y a poco González vio aparecer un indio a caballo, seguido por una larga recua de caballos, cada uno de los cuales iba sujeto por las riendas a la cola del que le precedía. Pasaron los animales y perdiéronse de nuevo en la oscuridad. González comentó:

—No son los nuestros.

— ¿Por qué iban a serlo? —preguntó el indio.

—Sin embargo, son caballos de gente blanca.

—Sí. De sus perseguidores. También ellos están en el Valle; pero no como huéspedes, sino como prisioneros desde el primer momento.

Esta última parte de la declaración del indio era muy significativa. González comprendió que el otro quería indicarle que él y su gente «aún no eran prisioneros»; pero que podían convertirse en cautivos de un momento a otro.

—¿Han detenido a Hobson? —preguntó.

—Sí. Ahora está esperando que el jefe hable con él. ¿Vamos?

Sin aguardar la respuesta de González, el indio echó a andar ante él, deteniéndose sólo a colgar la manta con que se había cubierto hasta entonces, y reanudando en seguida el camino, siempre dando por descontado que González le seguía. El indio vestía un traje compuesto de pantalones largos y una camisa o blusa larga cuyos faldones caían por encima del pantalón y que estaba ceñida por don cinturones canana bien provistos de cartuchería y de los cuales colgaban, en sus fundas, dos revólveres con cachas de marfil. Ceñíase la frente con una cinta de piel adornada de abalorios y púas de erizo. Este adorno también extendíase al traje. La larga cabellera del indio, echada hacia atrás, pudiera haberle dado un aspecto afeminado si en todo lo demás no hubiera sido tan masculino el aspecto de piel roja.

Por un camino bordeado de pinos llegaron hasta un cobertizo mayor que el utilizado por la gente de González. Cerca se oía el caer del agua y por entre los árboles el bandido vio una gran rueda hidráulica. Esto y las máquinas que divisó en el ulterior de la nave le hicieron comprender que don Eladio había pensado levantar allí una fábrica que se movería por la fuerza del agua que llegaba de los glaciares.

De momento la futura nave industrial estaba repleta de indios, jóvenes que escuchaban las palabras de un orador que, disfrazado de hechicero azteca, estaba arengándoles monótonamente. La llegada de González pasó inadvertida de momento; pero poco a poco y a pesar de que su guía procuró disimularle entre unos cajones de maquinaria, los indios se dieron cuenta de su presencia y comenzaron a mirarle como haciendo pruebas de fealdad.

En el improvisado escenario, que se levantaba al fondo de la nave,

además de la serpiente emplumada había otra figura que representaba un águila. Era un ser humano cubierto con un disfraz hecho de cartón, tela y plumas pegadas. Hubiera resultado tan ridículo como el hechicero, mas la presencia de aquellos excitados indios quitaba a la escena cuanto de bufo había en ella y la dejaba, en cambio, con todo su sentido primitivo y bestial.

—Nosotros éramos los amos de todas las tierras de este mundo, en el que habitaron nuestros padres y nuestros abuelos. Teníamos nuestra religión y nuestras costumbres. Eramos dueños de nosotros mismos. Pero vinieron los hombres blancos y barbudos. Y trajeron nuevos dioses, nuevas ideas, nuevos sistemas de esclavitud. Y nos quitaron primero nuestros dioses. Y nos mataron si quisimos seguirlos adorando. Y luego nos quitaron las tierras y nos obligaron a trabajar para ellos. Y a cambio de tanto mal sólo nos devolvieron un bien que ahora nos niegan: el derecho a olvidar nuestras angustias con un poco de licor del que ellos mismos fabrican. Nos lo dieron a probar para que sintiéramos la sed y ahora nos lo niegan para que el ansia nos destruya. «Cabeza Blanca» es como todos los blancos. Su reinado debe terminar.

La atención de los indios estaba nuevamente clavada en el escenario. El indio que había acompañado hasta allí a González se fue apartando de él. El californiano hubiese huido, de no ver que la puerta estaba materialmente cegada por los pieles rojas que iban acudiendo a la reunión.

—¿Qué le parece el orador, amigo González? —preguntó una voz junto al bandido.

Y cuando éste iba a volverse vivamente, la misma voz le pidió:

—No demuestre asombro. Pueden fijarse en nosotros y no sé cómo saldríamos de este apuro.

—No me asombra ya que el «Coyote» esté aquí —dijo González al ver quién era su compañero—. De usted no me sorprende nada.

—Me metió usted en una buena ratonera al venir aquí —observó el enmascarado.

El hechicero reanudó su discurso con monótona insistencia en los mismos extremos antes tocados.

—La tierra era nuestra y nos daba maíz y caza. Los blancos se comieron nuestro maíz y terminaron con los animales salvajes de cuya

carne nos alimentábamos. Nos quitaron la tierra en nombre de unas leyes que dicen que el hombre tiene derecho a poseer lo que es suyo.

—Hablará así mucho rato para que esos idiotas le entiendan —susurró el «Coyote»—. Dentro de medía hora empezarán a comprender que los blancos les han quitado un paraíso donde todo lo de comer se daba sin trabajo para nadie. ¿No fue usted quien pensó que se podía conseguir algo con estos indios?

—No es momento de discutir —replicó González—. Si lo descubren, le matarán.

—Nos matarán —rectificó el «Coyote»—. Usted no saldría mejor librado que yo.

—¿Qué pretende don Eladio? —preguntó González.

—El no tiene nada que ver con esto. Es su propia Obra que se le escurre de entre las manos y se planta frente a él. Pensó que usted podía ayudarle a dominar por la fuerza a sus queridos hijos, los indios. Pero alguno de sus indios se dio cuenta de sus intenciones y ya le tienen a usted encerrado, a su gente anulada y a los hombres de Hobson esperando el momento de pasar un mal rato en beneficio del buen humor de los pieles rojas.

—Mis hombres se defenderán. Venderán caras sus vidas.

—Recuerde el lugar donde los metieron y dígame cómo van a poder disparar un solo tiro si no abren la puerta. Los muros son demasiado sólidos para que en ellos puedan abrirse aspilleras. Aquello sólo es una cárcel. Y esto, de momento, se parece mucho a otra.

—¿Cómo entró? —preguntó en voz bajísima González,

—Envuelto en una manta que olía tan mal como su dueño. La tengo por ahí, si no ha escapado por sus propios medios de locomoción.

—¿Sabe quiénes son estos dos espantapájaros?

—Sospecho la identidad de uno de ellos, aunque, desde luego, no llamaría espantapájaros a ninguno.

—¿Imaginan para qué me necesitan?

—Pueden necesitarle para representar el principal papel en una fiesta de sacrificio, o bien para ayudarles en algo, Tal vez precisen un

hombre como usted para algún fin más o menos maquiavélico. Luego, cuando ya no les haga falta, lo matarán.

—Si me ofrecen ventajas las aprovecharé.

—Como quiera. Ya está prevenido. Usted, a pesar de todo, es blanco. Y ¿no oye cómo despotrica contra los de nuestra raza? Supongo que debe de ser alguno de esos a quienes todavía les humilla que un par de cientos de españoles conquistaran Méjico.

—¿Cree que esta gente sabe algo de la Conquista?

—Sí. Y en general les tiene sin cuidado. Antes eran esclavos y aún se acuerdan de cuando subían a docenas las escaleras del altar de los sacrificios. Generalmente los indios son los que menos se dan por ofendidos por la gesta de los conquistadores. —Hizo una pausa—. Sólo siento no haber podido llegar antes para enterarme de lo que les estuvo metiendo en el cerebro. ¡Cuidado!

Volvía el indio que guiara hasta allí a González y el «Coyote» se ocultó mejor entre las cajas. Desde su escondite podía oír, aunque no ver, a la Serpiente Emplumada, que proseguía su agresivo discurso:

—Y ahora, hermanos, salid a cumplir mis órdenes. Apoderaos de la fortaleza. Allí, con el nuevo día, empezará una nueva era, un nuevo estado de cosas, un nuevo reino del hombre americano legítimo, del que ha perdido todos sus derechos en nombre de un Derecho extranjero.

Un indio, el mismo que había guiado a González desde el exterior del Valle, subió al tablado y dijo algo en voz baja al hechicero. Este saltó como si le hubieran pinchado y levantando sus emplumadas manos gritó:

—¡Cúidado, hermanos! ¡Cuidado! Que cada uno examine el rostro de su vecino, tanto aquí como fuera. El extranjero a quien hicimos matar no ha muerto. Ese hombre a quien llaman el «Coyote» se salvó del cuchillo que buscaba su corazón y mató a quien obtuvo el honor de acabar con él. ¡Vigilad! ¡Abrid los ojos! ¡Que nadie oculte su rostro, y si alguien lo hace descubridle, porque sin duda él será el enemigo peor que podamos tener en estos momentos!

González tuvo que dominarse para no mirar hacia donde estaba el enmascarado.

— ¡Salid uno a uno y que nadie lo haga con la cara-tapada, y si

alguno lo hiciese, aniquiladlo con la misma dureza que él emplearía contra vosotros! Y que no quede un solo rincón del Valle sin ser vigilado.

Como eran muchos los que miraban agresivamente a González, el hechicero ordenó:

—A él, no. Con su inteligencia puede sernos útil. Por eso le he hecho venir. También a él los blancos le persiguen como a fiera sanguinaria. Hablaré con él cuando todos os hayáis marchado. Que sólo quede él.

Volviéndose hacia el fantoche disfrazado de águila, ordenó:

—Puedes retirarte.

Obedeció la figura y el cobertizo fue vaciándose de indios hasta quedar sólo los que guardaban la puerta, que habían escrutado todos los rostros sin descubrir a ninguno blanco.

En el escenario, el hechicero empezó a quitarse el disfraz, debajo del cual apareció un hombre joven, de mediana estatura, cuyas facciones eran las de un mestizo con más sangre india que blanca.

El «Coyote», que le observaba por entre las rendijas del cajón en que se había metido, pensó que en aquel joven se reunían todos los defectos y estigmas de ambas razas sin ninguna de sus cualidades.

Por su parte, González también le observaba curiosamente. ¿Quién podía ser aquel hombre?

—Te preguntas quién soy, ¿verdad? —inquirió el mestizo yendo hacia él—. Sí, soy José, el indio, el hijo de una mujer de mi raza y de un hombre de la tuya.

—¿El nieto de don Eladio? —preguntó González.

—Sí. Su sangre también está en mis venas, pero yo bien quisiera extraerla gota a gota para no tener más que la sangre pura y libre de los hombres de piel roja.

—¿Para qué me ha llamado? —preguntó González.

—Te necesito. Quiero ofrecerte mucho dinero.

—¿Cuánto es mucho dinero?

—Un millón de pesos.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que enseñes a mis hombres a luchar contra muchos siendo pocos, y a vencerles. La guerra de guerrillas. Y en cuanto los tengamos instruidos los llevarás contra los yanquis. Serás su jefe.

González quedó desconcertado por lo que estaba oyendo. Pero antes de que pudiera contestar vio ai «Coyote» que le movía repetida y afirmativamente la cabeza.

José Linares, que estaba de espaldas al enmascarado, no se dio cuenta de nada.

—¿Qué contestas? —apremió.

—Está bien. ¿Y el dinero? ¿Cuándo lo tendré?

—Ahora no te serviría de nada, pero, si lo quieres, dentro de unas horas tendrás una prueba de que no exagero ni estoy loco al hablar de millones.

—Bien… Creo que no me quedan muchas facilidades para decir que no.

—Si dices sí deseando decir no, corres un riesgo muy grave —advirtió José—. La traición se castiga con algo más grave que la muerte.

—¿Qué hay peor que la muerte?

—El suplicio.

—Entendido. ¿Y si una vez enseñada tu gente, cuando ya nada le quede por aprender de mí, se te ocurre regalarme el suplicio en lugar del dinero?

—No estás en condiciones de elegir, pero sí puedes reflexionar sobre mis conveniencias. ¿Cres que yo soy capaz de algo más que de echar discursos?

—No sé a qué te refieres —replicó cautamente González.

José se echó a reír.

—No se ha hecho para mí el galopar al frente de una pandilla de

indios desastrados a quienes desprecio tanto como a los blancos. Yo no tengo intención de ser su jefe guerrero. Me conformo con ser su sumo sacerdote, su hechicero, su hacedor de magias. Esto es bueno y cómodo. Y a mí me gusta. El cabalgar por los montes no me agrada. Para eso el más indicado eres tú. Para ti ni resulta nuevo ni desagradable.

—¿Y mi gente?

—Te la daré también. Y… te daré a la mujer de los ojos blancos. Te la daré como tú quieres. Será un bello sacrificio.

—¿En? ¿Sacrificio?

—Sí. Hoy morirá entre dulces tormentos que la harán llorar.

—¿Por qué ha de morir?

José le miró asombrado.

—¿No mató a tu hermano? Ella y su padre perecerán juntos y tú conseguirás lo que deseabas.

González buscó una indicación del «Coyote» para saber qué debía contestar. No recibió ninguna. Si estaba aún allí, el «Coyote» había procurado disimular su presencia. González, más desconcertado por sus propios sentimientos hacia Electra que por la salvaje sentencia del mestizo, pensó que lo menos comprometedor era asentir y aguardar una mejor inspiración.

—Bueno, de acuerdo —dijo encogiéndose de hombros—, ¿Qué debo hacer ahora?

—Saldrás conmigo. Habla con tu gente y dile lo que debe hacer. Y no olvides que nadie puede salir del Valle.

—¿No entró el «Coyote»?

—Sí, pero lo hizo bajo un disfraz. Y antes también entró, pero sus pasos fueron advertidos por los hombres de mi abuelo. Las únicas salidas del Valle están bien guardadas ahora. El «Coyote» no saldrá, y si hubiera salido no volverá a entrar. ¿No es también enemigo tuyo?

—S… sí. Claro… Pero me gustaría poder convencer a mi gente de que realmente van a hacer un buen negocio. Si no darles dinero, por lo menos ofrecerles alguna ventaja inmediata. Buena comida, licor…

—De todo tendrás.

El joven miró en torno suyo. Sus negrísimos y almendrados ojos relucieron mientras su mirada iba recorriendo los montones de cajas en que estaba embalada la maquinaria textil.

—Mi abuelo quería convertir a estos salvajes en obreros de una fábrica. ¡Je, je! ¡Obreros! Después de haberlos mantenido sin trabajar quería que se alegrasen de tejer sus propias camisas. Yo les ofrezco algo mejor. Armas, caballos y pueblos para poder saciar en ellos su sed de sangre. Esto les gusta mucho más.

—¿Y cuando la policía, el ejército y todos los sheriffs de California nos acosen?

—¡Oh, entonces…! Siempre queda la fortaleza del Valle. Se necesitarían muchos miles de hombres para conquistar esta fortaleza natural.

—¿Y el águila que estaba en el escenario? —preguntó González—. ¿Era una figura decorativa?

—No preguntes. Se trata de algo que no te importa, González. Vamos.

Le empujó hacia la puerta y le hizo salir, diciendo al indio que lo había acompañado hasta allí:

—El y sus hombres pueden salir libremente; pero como no van a necesitar sus armas, que se las quiten.

González volvióse contra el mestizo.

—¡Esto no es lo convenido! —gritó.

—¿Por qué no? —preguntó con untuosa sonrisa el joven—. ¿De qué os servirían vuestras armas si contra vosotros se alinearan cinco mil indios? Las armas ocasionan accidentes. Es mejor no llevarlas, excepto cuando se tiene el cerebro sereno. Como tú lo tienes. Por eso tú puedes conservar las pistolas.

—Bien. Pero me gustaría hablar con tu abuelo. ¿No es él quien manda aquí?

El mestizo empezó a reír como si oyese una broma muy divertida.

—No. Ya no, querido González. Yo soy quien mando. Yo y el

Águila. Ella y yo somos los dueños. Adiós y... que descanses tranquilo. Nosotros velamos por ti. A mediodía empezará el sacrificio. Te gustará ver morir a la mujer que asesinó a tu hermano.

—No me gusta que unos indios maten a una mujer blanca.

—Tienes el orgullo de vuestra raza. Blancos y rojos. Diferencias que nadie puede borrar, ¿verdad? Dios hizo a unos rojos, a otros negros, a otros amarillos, y a unos cuantos los hizo blancos. Están en minoría. Se reproducen con dificultad, pero se han considerado siempre los dueños. Los predilectos de Dios. Los hijos legítimos. Los otros somos los hijastros de Dios, ¿no?

—Mi hermano te contestaría mejor que yo —replicó González—. Pero yo he visto en nuestros altares vírgenes negras y santos que no nacieron blancos.

—Unos cuantos, para disimular vuestra hipocresía. ¡Bah! La raza blanca será exterminada o reducida a la esclavitud porque es blanda como la cal. Todo lo blanco es flojo. La plata es blanca y se dobla como el plomo. El cobre es duro: Y el hierro, porque es negro, es fuerte.

—Te olvidas de que el acero pulido es tan blanco como la plata y de que el brillante es blanco y no admite comparación alguna en dureza.

—¿Brillante? —El rostro de José Linares se contrajo horriblemente. Sus manos aferraron los brazos de González—¿Por qué has dicho eso? —gritó—. ¿Por qué has hablado de brillantes?

—No sé. Porque tú hablaste del hierro y del cobre...

—¡Vete! —ordenó el mestizo—. Vete y no hables nunca más de esto. ¡A nadie!

Cerró la puerta y marchó hacia la habitación del fondo del cobertizo. Una mujer le esperaba allí. Sobre una silla estaba el disfraz de águila.

—Hola, abuela —saludó José—. Triunfaremos...

La mujer, muy vieja, con el rostro resecado por los sufrimientos, musitó:

—Vengaremos a mi hijo... A tu padre... El lo mató porque no quiso

casarse con una repugnante india.

—Era mi madre —observó José.

La vieja no le oyó. Sus ojos tenían esa expresión de ausencia propia de los locos.

—Era bonita como un junco, pero su piel era impura. Un Linares de Maldonado no podía casarse con ella. Yo se lo prohibí y él me hizo caso, pero su padre le mató porque no quiso manchar su apellido. Quiero que él muera como murió mi hijo.

—Yo le odio tanto como usted, abuela. No me deja salir de aquí. Me ha encerrado entre esta gentuza...

El mestizo interrumpióse.

—¿Ha oído? —preguntó, alarmado por un ligero ruido que llegaba desde el exterior.

La mujer no había oído nada. Sus ojos y ella estaban muy lejos de allí. Su nieto salió en busca del causante del ruido que estaba seguro de haber escuchado. Pero no vio a nadie. El almacén estaba vacío.

—Este cerebro no marcha bien —dijo, volviendo al despacho y sirviéndose un vaso de licor.

La mano con que lo llevó a sus labios le temblaba como sometida a una corriente eléctrica. El licor le salpicó la mano y tuvo que usar también la izquierda para no verterse todo el whisky sobre el pecho. Su abuela, que le observaba como si presenciara un espectáculo interesantísimo, empezó a reír silenciosamente, comentando al fin:

— ¡Qué pena! ¡Te lo has tenido que beber sin echártelo encima! Prueba otra vez.

De nuevo sonó un ligero ruido en la nave dispuesta para el montaje de la fábrica.

—No salgas —dijo la vieja—. Es tu padre. Siempre me sigue a todas partes. Voy a verle. Le diré que... Le diré...

Salió de la habitación. La grande y rectangular nave estaba alumbrada por unos cuantos faroles que parecían perdidos puntos de luz en aquel espacio lleno de cajones y máquinas inútiles.

El «Coyote» observaba a la anciana desde uno de los muchos

escondites que le proporcionaban las pilas de cajas.

—¡Pepe! —llamó la mujer—. ¡Hijo mío! ¿Estás ahí? ¿Dónde?

El «Coyote» empezaba a sonreír tristemente ante la prueba de demencia de la mujer, cuando un escalofrío de horror le corrió por el cuerpo al escuchar una voz hueca, irreal, que pobló de ecos el vacío.

—¡Madre, madre, estoy aquí! —contestó, brotando de todos los rincones y sin que el enmascarado pudiera precisar el lugar exacto.

—¡Pepe! Dime, hijo mío…

La anciana, menuda y frágil, se llevó la mano a la frente y sin querer soltó su nívea cabellera, que se desbordó como una cascada de espumeantes aguas. Luego avanzó con las manos tendidas y tropezó varias veces antes de detenerse, angustiada y suplicante:

—¡Pepe! Dime dónde estás. Quiero hablar contigo…

—No puedo hablar mas…, madre… Tiene que castigarle por lo que hizo conmigo…, por lo que hizo conmigo…, por lo que hizo conmigo…

La voz se iba alejando y cuando sonó por última vez pareció que ilegaba del exterior, con una ráfaga de viento frío y húmedo.

—Hijo… Pepe…

La mujer cayó muy despacio de rodillas, y quedó como orante, suplicando, con las manos en alto y las mejillas surcadas por un llanto copioso.

—¿Por qué no te has quedado un poco más? —pidió

José Linares apareció en la puerta del despacho.

Estaba tan blanco como si le hubieran vertido un cubo de cal encima del rostro.

—¿Qué ha sido, abuela? —preguntó, sin atreverse a avanzar más. Al fin cobró valor y aproximóse a la vieja, ayudándola a levantarse.

—He vuelto a oír su voz y nos exige ser duros en el castigo… Pero me falta valor para ser justa. ¡Dios mío! No debiste haberme sacado de allí.

—Yo no la saqué, abuela.

—¿Fue él? —preguntó, anhelante, la mujer.

—¿Mi padre? No sé qué decirle. No le he visto.

Más tarde, cuando el «Coyote» se reunió con su hijo y explicó a éste lo ocurrido, César movió incrédulamente la cabeza.

—No puede tratarse de un fantasma —dijo.

—Ya lo sé —admitió don César—, pero la verdad es que su voz sonaba a fantasma de lo más legítimo. Me hizo pasar un momento de angustia.

Estaban ocultos entre la vegetación, en la falda de la montaña, dominando la gran casa de don Eladio.

CAPITULO VII

PADRE E HIJA

Electra sonreía extrañamente mientras contemplaba a su padre.

—No sé lo que estos salvajes piensan hacer con nosotros, pero sólo temo que puedan separarnos de nuevo —murmuró el comodoro Hobson.

Electra le siguió mirando. Sus claros ojos se esforzaban por buscar en los rasgos de aquel hombre alguno de los que su madre había descrito al referirse a él.

—Desde que te vi me sentí extrañamente atraído hacia ti —siguió Hobson. Inclinó la cabeza y musitó—: Y luego yo mismo te entregué a ese canalla. ¿Sabes por qué?

Electra hizo un ademán negativo. Luego inquirió:

—¿Por qué?

—Tuve miedo de ti y de mí. Confundí mis sentimientos. Pensé que me estaba enamorando de una mujer demasiado bonita y peligrosa. No supe interpretar mis reacciones.

—Yo tampoco las comprendí hasta que ya era demasiado tarde. Y

ahora no sé qué será de nosotros. Esta gente está loca.

Fue contando lo ocurrido desde que el «Coyote» se hubo separado de ella y de Carmen.

—El disparo nos aterró. Sobre todo a la nieta de don Eladio. Creí que le iba a dar un ataque de histerismo. Se calmó al oír la voz del hijo de don César. Luego salió para reunirse con su abuelo. Me dijo que volvería en seguida; pero la oí chillar y pelear y al cabo de un momento entraron los criados, que antes me trataron tan bien, y me trajeron aquí. No pensé encontrarte...

—Nos rodearon los indios en el camino cuando bajábamos. No pudimos hacer más que entregarnos. Ellos tenían todas las ventajas. Fue estúpidamente fácil. Mí gente estaba rendida por el viaje. Supongo que pedirán un rescate. Yo pagaré lo que sea necesario. Te llevaré conmigo y conocerás el mundo entero. Ahora ya no tengo interés en quedarme en California. Liquidaré mi negocio. Se lo regalaré a los que han trabajado conmigo pero antes mataré a ese canalla de González.

—El cree obrar bien —murmuró Electra—. Es un hombre muy raro. No tan sanguinario como parece. Sus hermanos eran peores que él. Le arrastraron a esta situación.

Hobson miró a su hija. Estaban en una habitación de la casa. La ventana tenía sólidas rejas y la puerta era fuerte y estaba bien cerrada. Al otro lado había dos centinelas.

—¿Es que te has enamorado de él? —preguntó.

—No —contestó en seguida Electra—, Pero creo que en su lugar yo sentiría como él. Quería mucho a sus hermanos. Si imagina que yo fui culpable de la muerte de uno de ellos...

—¿Le has contado la verdad? Porque tú, habiendo vivido con el sinvergüenza de Perkins, la conoces bien.

—No le he dicho nada, pero sé toda la odiosa verdad. Por eso no me importó que mataran a su hermano. Lo merecía.

—Sí. Era un hombre sin remedio y encontró el castigo adecuado. Pero hay cosas que nadie quiere saber de un familiar tan próximo. Además... —Hobson sonrió tristemente—. ¿Quién soy yo para reprochar a nadie sus canalladas? Tengo la camisa demasiado sucia.

—¿Y no crees que yo puedo no ser tu hija? —preguntó Electra.—. Si Perkins te odiaba, quizá intentó jugarte una mala pasada última. Mi madre te describía muy distinto.

—Hace veinte años yo era muy distinto —sonrió Hobson—. Pero no cabe error en ti. Eres tan parecida a tu madre... Yo quise remediar mi culpa. Volví a Manila a buscarte y a buscarla a ella, pero ya había pasado demasiado tiempo...

Sonó la llave en la cerradura y se abrió la puerta. Dos indios aparecieron en el umbral.

—Venid con nosotros —ordenó uno de ellos, que era el mismo que encabezaba la comitiva que se dirigió al campamento de González—. Veréis al jefe.

—¿A don Eladio? —preguntó Hobson.

—Ese ya no es el jefe —replicó el indio—. Vamos.

Salieron de la casa entre un grupo de pieles rojas armados con rifles de repetición. Bajaron hacia la enlosada plaza en cuyo centro se levantaba el enorme brasero de piedra. Antes de llegar se cruzaron con otro grupo de indios que escuchaban sin ningún interés las explicaciones de dos blancos. Electra reconoció en ellos a González y Aparicio. El primero la miró un momento, luego desvió los ojos y continuó adiestrando a los indios.

—Buen oficio —comentó en voz alta Hobson.

González fingió no haberle oído. Continuó manejando el rifle mientras Aparicio daba las explicaciones a los aburridos pieles rojas.

—No te esfuerces —gruñó González—. Para éstos lo mejor es tener doce tiros y dispararlos sin descansar ni un minuto. Luego huir tirando el rifle. A ver: cargad las armas, rellenad las cananas. Conviene que os portéis como si fuésemos a entrar en combate de un momento a otro.

Los indios obedecieron de mala gana. Abajo, en la plaza, había empezado la fiesta y les fastidiaba verse privados de tomar parte en la diversión.

Sentados en el mismo banco donde la noche antes se acomodara don Eladio, estaban José y la figura vestida con el disfraz de águila. Frente a ellos se encontraban ya Electra y su padre.

—No os ocurrirá nada si queréis ayudarnos —dijo, con suave voz, el mestizo—. Yo sé la verdad de cuanto ha ocurrido. Sé que González nos odia y me obligará a mataros, pero si queréis ayudarme os salvaréis.

—Yo pagaré el rescate que se me pida por mi hija y por mí —dijo Hobson.

—De eso ya hablaremos luego —replicó José.

Levantándose, dijo en voz baja a la que estaba a su lado:

—No se mueva, abuela. No nos vamos todavía.

Luego se acercó al hombre y a la mujer.

—González quiere que os mate. Es el precio de su ayuda. Pero a mí me interesa algo mucho más. Usted vio al «Coyote» anoche. —Lo dijo señalando con el dedo a Electra—. El maldito enmascarado tenía un saco de piel. ¿Dónde está?

—No lo sé —contestó Electra—. El saco parecía pesar mucho. Pero el «Coyote» se lo llevó al marcharse.

—A cambio de ese saco yo os dejaría en libertad y hasta haría ahorcar a González.

—Pero si no sabemos dónde está... —murmuró Hobson.

—¡No sabemos dónde está! —chilló José, en quien volvieron a producirse Jos violentos temblores—. ¡Mentira! El «Coyote» dijo dónde pensaba esconder los... los...

No pudo seguir. De su garganta sólo brotaban chillidos agudos mientras los labios se le manchaban de espuma. Hubiera caído al suelo, a los pies de Electra y su padre, si uno de los indios no hubiera acudido a sostenerle. Por fin consiguió recobrar el dominio de sí mismo. Si para otros su exhibición de histerismo hubiera resultado penosa y nada favorable para quien la daba, para los indios allí reunidos resultaba muy distinto, y miraban con profundo respeto a su jefe.

—¿No me queréis ayudar? —preguntó el mestizo cuando se hubo secado los labios—. Está bien. Si creéis que no me atrevo a cumplir mis amenazas, os demostraré que soy duro como la piedra. Venid. ¡Venid!

Les hizo ir hasta una especie de balcón que daba sobre otra plazuela.

— ¡Mirad! —gritó señalando hacia abajo—. ¡Mira a tus hombres, Hobson!

Hobson vio un largo carro de cuatro ruedas en el que estaban de pie, con las manos atadas a las espaldas, sus siete compañeros. Cada uno tenía enlazada al cuello una cuerda cuyo extremo estaba atado a una larga y gruesa rama que se extendía desde el recio tronco, y horizontalmente, por encima del carro.

—¿Crees que no soy capaz de hacerlos matar? —siguió el mestizo —. Pues, ¡mira!

Movió la mano derecha como si diese impulso a una pelota y los indios que esperaban abajo empezaron a chillar gozosos, como si les dieran permiso para jugar a algo muy divertido. Tiraron a una de la lanza del carromato y Electra se cubrió los ojos para no presenciar el horrible espectáculo de aquellos siete hombres tan bárbara y estúpidamente ejecutados.

El mestizo quedó jadeante, con las manos apoyadas en la balaustrada junto a la cual se había detenido, mirando con asombro a los cuerpos que se balanceaban en las convulsiones de la agonía. Y así estuvo hasta que los siete hombres colgaron rígidos, moviéndose sólo pendularmente por los movimientos de la rama que había ido derramando sobre los reos una lluvia de frescas hojas.

—Esto es una salvajada —dijo Hobson.

José volvióse hacia él.

—Puedo hacer lo mismo contigo —dijo, como si mascara las palabras—. Y lo haré por poco que se me antoje. Ahora di que está bien hecho y te perdono.

—Yo. sólo tengo una palabra —respondió Hobson.

—¡Por Dios, di lo que él quiere! —suplicó Electra.

Estaba horrorizada de aquel muchacho, casi un niño todavía, en cuyo desquiciado cerebro se agitaban las más horrendas pasiones y las más salvajes ideas.

—No —replicó Hobson, mirando retador al mestizo—, ¡Yo sólo

tengo una palabra que sólo significa una cosa! Tengo la sangre demasiado limpia para tener palabras de dos significados...

El mestizo lanzó un chillido metálico, tan estridente que parecía imposible que le brotara de la garganta, y se precipitó sobre el comodoro Hobson, tratando de arañarle, de desgarrar su cara, de arrancarle los ojos; pero el antiguo marino y tahúr, habituado a las luchas en los cafetines de puerto o en las salas de juego, repelió el ataque de un derechazo al estómago seguido de un izquierdazo contra la mandíbula que derribó al mestizo a cuatro metros de donde estaba Hobson.

El indio que la noche antes había acompañado a González hasta el lugar de la reunión se lanzó sobre Hobson empuñando un cuchillo de doble filo y ancha hoja. Hobson dio un paso atrás y Electra no pudo chillar. Sentíase como petrificada, con la mirada fija en el pintarrajeado rostro del salvaje, en cuyos ojos brillaba el ansia de matar.

Y mientras le miraba hipnotizada vio cómo aquella cabeza se deshacía, al mismo tiempo que oía el hueco chocar de un proyectil de gran calibre, un silbido y en seguida una detonación detrás de ella. Todo en una fracción de segundo, pero al mismo tiempo espantosamente distribuido.

En seguida una voz que ordenaba:

— ¡Cuidado! ¡Tengo más para el primero que se mueva!

Electra reconoció la voz de González.

CAPITULO VIII

CERCADOS

Estaba seguro de haber cometido una locura, pero no se arrepentía de ello.

—¡De prisa! —ordenó—. ¡No se entretengan!

Volviéndose hacia donde estaba la mujer vestida de águila, advirtió a los indios que vacilaban entre seguirle o permanecer inmóviles:

—Dispararé contra vuestra águila y la mataré como he matado a ése.

Y en voz muy baja explicó a Aparicio, cual si deseara justificarse:

—El indio me era antipático desde anoche.

—Por ahora los has impresionado con tu puntería —replicó Aparicio—; pero ya te puedes ir frotando el cuello para luego, a menos que te deparen un medio mejor de saltar de este mundo al otro.

—¿Han cogido las armas los muchachos?

—Sí. Los que han podido llegar. Los otros... Debiste pensar en ellos antes de disparar.

Electra y su padre llegaron junto a González y Aparicio. El comodoro había recogido los dos revólveres del muerto y sus bien nutridas cananas, que se estaba ciñendo mientras empujaba a su hija hacia González.

—Nos refugiaremos en el arsenal. —dijo González—. No nos faltarán municiones ni armas.

Al adivinar sus intenciones los indios iniciaron un movimiento de avance contra ellos; pero un grito los contuvo. La mujer vestida de águila había levantado el brazo que fingía una de las alas y a su ademán detuviéronse los indios, dejando que González, Electra su padre, Aparicio y cinco más se replegaran hasta la sólida y cuadrangular construcción que se había empezado a utilizar como depósito de armas y municiones. La casa era de un piso y estaba rodeada por un muro de dos metros de altura. Entre el muro y la casa había un pozo.

—Hay que impedir que lo ocupen los indios —advirtió Aparicio señalando el pozo.

—Dos o tres deben quedar fuera de la casa para que los indios no puedan dominarnos demasiado pronto —dijo González.

No se arrepentía de lo hecho, pero sí estaba disgustado por tenerse que disponer a la lucha en tan malas condiciones. También le enfurecía haber tenido que dejar fuera a la mayoría de su gente. No podía olvidar el asesinato de los hombres de Hobson.

—En realidad no estamos muy bien aquí —dijo el antiguo marino

—. ¿Tenemos víveres?

—¿De dónde los íbamos a sacar? —gruñó González.

—Pudimos habernos traído al indio muerto. —comentó Hobson.

Su hija le miró aterrada.

—No es posible que hables en serio —dijo.

—¿Por qué no? —sonrió tristemente Hobson—. Si nos hemos encerrado aquí para sobrevivir a nuestros enemigos, no podremos conseguirlo sin comer algo. Ahora no importa el hambre, pero dentro de tres días… —Acarició a su hija y terminó riendo—: Yo he pasado hambre y he comido cosas peores que la carne de un indio tan sano como aquel.

De fuera llegó un disparo y, simultáneamente, una bala maulló agudamente al rebotar en el granito, dejando una brillante desconchadura. Sonaron otros disparos y por el lugar de donde llegaban los ecos de las detonaciones pudieron comprender los refugiados en el edificio que el cerco era completo.

—Hay que disponernos para resistir cuanto nos sea posible —dijo Hobson—. ¿Qué armamento tenemos?

—No podremos usarlo todo —comentó González, señalando un montón de cajas de pino de distintos tamaños. Unas contenían rifles y otras municiones—Hay por lo menos un centenar de carabinas entre de repetición y Berden. Tenemos cartuchos de sobra para ambos tipos. Pero no hay revólveres. Sólo los míos y los que le quitó usted al indio.

—Prefiero las armas largas —dijo Hobson—, aunque reconozco que en lucha a corta distancia los revólveres son muy útiles.

Los demás defensores del improvisado fortín lo recorrían en busca de víveres. Sólo encontraron plomo, latón y pólvora a más del acero de los rifles.

Fuera seguían sonando disparos.

—Pero no contra nosotros —dijo González con dura expresión, imaginando acertadamente contra quiénes iban dirigidos aquellos disparos.

En el exterior sonaron voces de los tres que habían quedado

protegiendo de ataques el pozo.

—Vienen amigos —gritó uno.

González asomóse a la puerta y un balazo que dio en el quicio, errándole por unos centímetros, le recordó que los indios también estaban armados. Se puso a cubierto y vio llegar un grupo de seis de sus hombres huyendo de los indios que disparaban contra ellos sin dejar de correr: Delante de los hombres de González corría Joe sin soltar su banjo, saltando como un gamo y moviéndose tanto que daba la impresión de estar espantando las balas a manotazos.

A punto de entrar Martín, un rubio tejano largo y seco cual un sarmiento, dio de bruces en el umbral de la puerta, alcanzado en el pecho por un proyectil del 44. Le arrastraron al interior en medio de un diluvio de balas y esquirlas de granito.

—Han quedado más de nueve hombres por ahí fuera —dijo González después de pasar revista a sus fuerzas—. No envidio su suerte.

—El «Coyote» y el hijo del señor Echagüe están libres —recordó Electra.

Lo dijo con la esperanza temblando en sus labios, y González la desanimó brutalmente:

—Si hay algo libre en ellos serán sus almas. Ya deben de haber acabado con ellos hace rato.

—No lo creo yo así —replicó Hobson—. El «Coyote» es muy hábil. Sabrá burlar a sus enemigos. Yo confío en él.

—Soñar es muy barato —rio González—. Nunca imaginé que terminaría mis días a manos de unos cochinos pieles rojas. Me eran simpáticos y he protegido a más de uno. Por eso me admitieron en el Valle. Tiene gracia.

Acercóse a una de las aspilleras y retiró la piedra que tapaba la abertura. Vio al tejano muerto y a un indio que se arrastraba hacia él por entre la hierba. Llevaba una cuerda con un lazo. El otro extremo debían de sostenerlo sus compañeros refugiados entre los árboles. González cogió el rifle y apuntó con cuidado. Ya iba a disparar, pero se contuvo. Por un efecto de óptica veía el rostro del indio como si éste se hallara muchísimo más cerca. Percibió su triunfal expresión y decidió dejarle que alimentara sus ilusiones hasta llegar bien cerca del

cadáver que iba a buscar.

Notó que Electra se acercaba a él y que veía lo que él estaba viendo. No dijo nada. Ella tampoco, pero González tuvo la impresión de estar oyendo los violentos latidos del corazón de la muchacha. Notó luego cómo contenía el aliento cuando él levantó el rifle y apuntó hasta que el pesado Henry quedó rígido e inmóvil como si estuviera clavado en un muro de roca.

El disparo la sorprendió, haciéndole cerrar los ojos al tiempo que veía saltar las chispas de la pólvora negra. El aire lanzó contra sus ojos y su garganta una ráfaga caliente de humo de pólvora que la hizo llorar y toser. Pudo volver a mirar cuando González ya había extraído la cápsula vacía y metido otro cartucho en la recámara. Vio al indio moverse, retrocediendo sin capturar el cadáver.

—¿Falló? —preguntó.

—No. Lleva un balazo en el vientre.

Y riendo brutalmente agregó:

—Vivirá unas horas, pero no volverá a hacer daño a nadie.

—¿Por qué no le remata? —preguntó Electra, angustiada por los sufrimientos del indio, que se iba arrastrando con ayuda de los brazos, pues la bala, además, le había herido en la espina dorsal, inmovilizándole las piernas.

—Le dan más lástima los pieles rojas que los blancos, ¿verdad? —preguntó González.

Ella comprendió que se refería a José Juan y prefirió no replicar.

—Pero a mí no me da lástima ese diablo rojo. Mire. Ya está llegando. Ahora alguno le tenderá la mano, aunque no sea más. Una mano amiga que no volverá a apretar ningún gatillo.

De nuevo resonó el zambombazo del *Henry*, y la mano que uno de los indios había tendido al compáñero herido abrióse ensangrentada. El proyectil había cortado el índice y el corazón y atravesado, además, la palma, destrozando la muñeca. El dueño de aquella mano iba a ser para siempre un inválido.

—¿Cómo puede ser tan duro? —preguntó Electra.

—Aguarde a que ellos nos cojan y sabrá algo más de dureza y bestialidad.

De nuevo el herido quiso llegar hasta sus compañeros, y aunque sólo por un momento descubrió otro de los pieles rojas su cuerpo, González disparó y el aullido del indio herido llegó hasta la casa, acompañado de nutrido tiroteo.

Electra se apartó. Sentía miedo de sí misma. De ceder a sus impulsos a pesar de lo que sus ojos le decían.

La mañana transcurrió sin graves daños para los sitiados. Los indios siguieron tiroteándoles, pero no intentaron ningún ataque. Sólo al principio de la tarde intensificaron el fuego y de pronto siete nieles rojas, casi desnudos, pintarrajeados con blancos, ocres y bermellones, con fusiles y cuchillos en las manos, se precipitaron fuera de los parapetos de los sitiadores y quedaron como atontados entre las dos líneas, expuestos al fuego de los sitiados, que se concentró en seguida sobre el aterrado grupo.

Electra, a quien el intenso tiroteo que pronosticaba un ataque a fondo hizo acudir a su puesto de combate, disparando su *Berdan* calibre 42, de cartucho abotellado, para mayor carga de pólvora y alcance del proyectil, fue la primera en darse cuenta de la horrenda cosa que estaba sucediendo.

Acababa de disparar contra uno de los indios y la humareda del disparo se estaba disolviendo ante sus ojos cuando uno de los píeles rojas que habían caído de rodillas, herido en el abdomen, se pasó la ensangrentada mano por el rostro, borrando el tinte rojo de su piel y revelando una blanca epidermis. Al mismo tiempo se dio cuenta de que las armas que habían esgrimido los supuestos agresores estaban atadas a sus manos.

— ¡Son prisioneros! —gritó, tirando el *Berdan* y cubriéndose el rostro con las manos, mientras gruesas y calientes lágrimas se escurrían por entre sus dedos.

—¿Qué dices? —preguntó González yendo hacia ella y apartándole las manos para verle el rostro y comprender el horror que estaba revelando.

Electra no contestó. Lloraba casi ululante, con la boca abierta y los ojos desorbitados, derramando lágrimas grandes y redondas.

González la dejó para saltar a una aspillera y convencerse de la

realidad. Desde aquel punto, más despejado que los otros, vio que los supuestos agresores eran su propios hombres, a quienes los indios habían disfrazado, teñido y pintado, para obligar a los sitiados a matarles, esperando así minar su moral de resistencia.

Una furia irresistible se apoderó de cuantos estaban disparando desde la casa y todas las posiciones de los indios fueron sometidas a un intensísimo tiroteo, hasta que los cañones de los rifles amenazaron con ponerse al rojo. Entonces, comprendiendo la futilidad de su insistencia, cesaron los sitiados en el inútil gasto de municiones, cambiaron sus recalentados rifles por otros y aguardaron a que algunos de los sitiadores dejara ver alguna parte de su cuerpo.

Se fue haciendo un profundo silencio, más aparente que real, pues cuando los oídos de los que estaban en la casa dejaron de estar asordados por el tronar de los rifles dentro de tan reducida estancia y recobraron la facultad de oír los ruidos menores, comenzaron a llegar hasta ellos las quejas de los heridos y moribundos. De sus propios compañeros sacrificados por ellos.

González cogió una carabina *Berdan* y un puñado de cartuchos y acercóse a una de las aspilleras, la misma desde la cual Electra había descubierto el traidor engaño de los indios. Estuvo observando unos mornentos y luego empezó a disparar. Lo hacía pausadamente, apuntando con todo cuidado, tensos los nervios y apretados los labios. Y después de cada disparo un cuerpo quedaba inmóvil y dejaba de oírse un angustioso lamento.

Al darse cuenta de lo que hacía González los indios reanudaron el tiroteo, concentrando sus disparos en la aspillera de donde brotaban las nubes de humo del Berdan. Una bala silbó casi rozando la mejilla de González y fue a rebotar en una pared.

A los pocos momentos apareció don Eladio camino del fortín.

CAPITULO IX

EL SECRETO DE DON ELADIO

—Pierdes el tiempo, José —dijo don Eladio—. No pienso decirte nada más.

El mestizo miró con expresión de odio a su abuelo.

— ¡No necesito que me expliques nada más! —gritó—. Ya lo sé todo. Ya tengo el secreto de fabricar brillantes, pero necesito los nombres de sus compradores. ¡Y se lo arrancaré aunque tenga que arrancarle la vida!

Don Eladio se volvió hacia la mujer que asistía a la entrevista.

—Tenías razón, Julia, fui un estúpido cuando hice matar a nuestro hijo.

La anciana te miró torpemente y dijo que sí con la cabeza.

—Pero él no ha muerto —explicó—. Muchas veces oigo su voz. Habla conmigo; pero está disgustado contigo, Eladio. Por eso no te dice nunca nada.

—¿Por qué la sacasteis de donde estaba? —preguntó don Eladio—. ¿Por qué la habéis traído aquí, donde su razón se perderá definitivamente entre tanto crimen?

—Dígame quién le compraba los brillantes y su mujer volverá al sanatorio —pidió el mestizo—. Usted tiene dinero de sobra. Su secreto no le hace falta.

—Abajo encontraste suficientes brillantes para ser rico durante el resto de tu vida —contestó don Eladio—. Véndelos a cualquier precio…

— ¡Qué gracioso! —estalló José—. ¡Unos brillantes muy buenos!… ¡Llenos de trozos de carbón! ¿Cree que me puede engañar? Los buenos se los dio al «Coyote». ¿Dónde está ese hombre?

Don Eladio se encogió de hombros.

—No te lo diría aunque lo supiese.

José Linares empezó a temblar como un azogado. Su abuelo le miró entre despectivo y compasivo.

—Eres tan débil como un niño. Hubiera querido salvarte de ti mismo, pero no pude. Te has dejado engañar por una loca. Y nada puedo hacer. ¡Que Dios tenga piedad de todos vosotros!

Se levantó y doña Julia preguntó mansamente:

—¿Te vas ya? ¿Por qué no te quedas a oír su voz? Tal vez estando conmigo puedas oírle. Me gustaría que te perdonase.

Don Eladio acercóse a su mujer y le acarició la blanca cabellera.

— ¡Pobre Julia! —murmuró—. He sido malo contigo porque quise ser justo. No hay nada peor en la vida que un hombre con buenas intenciones. Los surcos que se abren en el agua no sirven para nada. Hay que arar en la tierra dura y fuerte. Nuestro hijo nació con una tara que ha legado multiplicada a este pobre loco.

Aún no se había repuesto de su anterior excitación cuando José volvió a temblar como un epiléptico. Al ver que su abuelo quería salir de la habitación trató de oponerse, pero la mirada del anciano le contuvo.

—Déjame —pidió—. Abajo, en un cajón secreto que Cecilio conoce, están todos los datos que necesitas. Los nombres de los joyeros y todo lo demás. Adiós.

Salió del cuarto y por el pasillo avanzó hacia la puerta que daba al exterior. José Linares fue alterando su expresión. La transformó en odio, y acariciando la culata del revólver que llevaba debajo del sobaco, como hubiera acariciado la cabeza de un animal vivo, salió en pos de su abuelo.

En el gran vestíbulo de la casa, adornado con azulejos y objetos de arte indio y europeo, don Eladio se cruzó con su nieta. Carmen quiso decirle algo; pero el anciano movió negativa y tristemente la cabeza, luego siguió hacia fuera y se encaminó al fortín, pasando por entre los indios, que le miraban temerosa y respetuosamente.

Siguió hasta la llanura, pasó junto a los últimos indios acurrucados tras unos muros de granito.

—No siga, patrón —aconsejó uno de los indios—. Le pueden herir…

No terminó. Había hecho intención de detener al anciano, descubriendo la cabeza, y una bala se la destrozó, abatiéndolo sin vida.

Don Eladio se detuvo y miró el cadáver.

—Perdóname —pidió—. Toda la culpa es mía.

Siguió hacia el fortín. Desde el mismo nadie volvió a disparar. Un

manto de silencio extendíase por el Valle. Don Eladio estaba a unos seis metros de la puerta del muro cuando aquel, silencio se quebró con un seco estallido que fue rebotando en ecos hasta los confines del Valle, ahogándose en la niebla que empezaba a subir al encuentro de las tormentosas nubes.

Don Eladio se estremeció y se detuvo. En el jardín de su casa vio nacer una columnita de humo que se fue disolviendo en tenues volutas. Inclinó la cabeza y volvióse hacia el fortín. Dio dos pasos y estuvo a punto de caer. Un indio saltó de su trinchera y corrió a sostenerle.

— ¡No disparéis! —ordenó González dentro del fuerte—. No lleva armas.

El piel roja sostuvo a don Eladio, que sonrió dolorosamente. Electra asistía, como hipnotizada, a la escena. Vio cómo el indio ayudaba a don Eladio a seguir hacia el sitiado arsenal. Los blancos y los indios presenciaban, anhelantes, aquella escena, de tan alto dramatismo. Otra vez sonó el rifle y ahora fue el indio el que se estremeció un momento, girando luego sobre la punta del pie izquierdo y rodando por fin con los brazos en cruz y los vidriados ojos fijos en las nubes, hasta el centro del sendero. Permaneció un momento inmóvil, luego hizo un esfuerzo por incorporarse, y lo consiguió a medias apoyándose en los codos. Desde el fuerte vieron cómo el sudor le bañaba el rostro y el bronceado pecho, luego oyeron el ronco suspiro que exhaló y le vieron derrumbarse para no volver a moverse.

Don Eladio había llegado hasta el pilar que hacía de quicio de la inexistente puerta del muro del fortín. Apoyóse allí y volvió el rostro hacia su casa, hacia la segunda columnita de humo. Y así permaneció hasta que un tercer disparo resonó como un potente trallazo en el Valle de las Tormentas. Volvió a estremecerse el anciano y cayó de rodillas. Quedó unos segundos en tal postura y, por fin, como si fuera a besarla, hundió el rostro en la tierra.

Desde lo alto de la montaña, entre unos pinos, don César de Echagüe cerró el catalejo con que había estado observando el desenlace del drama. Su rostro tenía una pétrea dureza cuando lo volvió a cubrir con el antifaz.

Su hijo extendió de nuevo el lente y lo enfocó hacia el jardín de la casa de don Eladio. Sólo pudo ver a José Linares, que con los ojos desorbitados y los labios cubiertos de espuma subía la escalera para entrar en la casa.

—Murió un hombre bueno. —dijo don César—. Su propia sangre le ha matado. Por unos puñados de cristales algo más duros que los corrientes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó César.

—Esta noche llevaré alguna ayuda a los del fuerte. No creo que se hayan preocupado de llevar víveres.

—Pero... ¿Y el castigo...?

—Ya tendremos oportunidad. Tú sal del Valle y haz lo que te dije. Explica a los guardianes exteriores lo que ha sido de don Eladio, luego exponles el plan de ataque.

—¿No me necesitas para algo más importante?

—No, hijo. Lo que vas a hacer es importantísimo. Si los de fuera no consiguen apoderarse del paso todo mi esfuerzo sería inútil y esa gente nunca saldría del Valle. Procura no acercarte a los cables de los pararrayos. Puede estallar una tempestad y morirías electrocutado si te hallaras demasiado cerca de uno de esos cables, en el momento en que por ellos baje un rayo.

CAPITULO X

EL SECRETO DE ELECTRA HOBSON

El herido empezó a delirar. Pedía agua y aún era demasiado de día para que nadie pudiera exponerse a ir hasta el pozo.

—Ten un poco de contención —pidió González—. En cuanto sea de noche saldremos a buscar tanta agua como necesites.

El herido no podía comprender. Insistió en su petición.

— ¡Agua, agua!

Y en la hora y medía que siguió, su voz continuó clamando:

—¡Agua, agua, agua!

Sólo tenía fuerzas para esto. Electra le acercó a los labios el cañón

de un rifle, para que el frío del acero engañase las ansias del herido. De momento surtió efecto el engaño; pero a la tercera vez ya fue inútil.

Los sitiados acusaban ya los efectos de aquella voz plañidera y anhelante. Todos sentían sed y, cuando aún la noche no se había acabado de posar sobre el Valle, un mejicano tiró el sombrero y cogiendo un cubo salió corriendo hacia el pozo, marchando agachado para que el muro le defendiera de los disparos; pero cuando salió de su protección y quiso cruzar los tres metros de espacio descubierto hasta el pozo, una descarga cerrada lo abatió de bruces, con las puntas de los dedos rozando la base del brocal.

Sonaron muchos disparos más y mientras se oyeron, el cadáver fue estremeciéndose a causa de los impactos de los proyectiles que remataban el cadáver.

—Era demasiado pronto. —murmuró González.

Aparicio, que estaba fuera, trató de ser más afortunado. Inesperadamente para los sitiadores, que aguardaban que saliera otro del fortín; pero no que llevara a cabo el intento alguien situado fuera. Aparicio cruzó en dos saltos el espacio batido, recogió el cubo y se parapetó en el otro lado del brocal, riendo la inutilidad de la granizada de proyectiles que le buscaban en vano.

Con la misma cuerda del pozo, ató el cubo y rápidamente lo tiró al interior, hasta que oyó su choque contra el agua. Esperó a notar el peso indicador de que el cubo se había llenado y lo empezó a subir.

Desde el arsenal los sitiados disparaban contra los indios, para distraerlos, y Aparicio consiguió, rápidamente, sacar el cubo casi lleno de agua y de otros dos saltos, y en medio de una nube de balas que milagrosamente le respetaron, llegar a la protección del muro. Sus compañeros bebieron unos sorbos y en seguida, siguiendo el paredón de granito, Aparicio llego al ángulo que quedaba frente a la puerta.

—No te arriesgues —le aconsejó, por una aspillera, González—. Aguarda a que sea de noche.

Aparicio movió negativamente la cabeza y agarrando bien el cubo indicó un agujero de bala por el que se iba perdiendo el agua, a pesar de un improvisado tapón de papel mascado. Incorporóse para al salto y González le anunció:

—Voy a abrir la puerta. Cuenta hasta diez antes de saltar.

Aparicio fue contando pausadamente y, al llegar al límite, corrió en zig-zag hacia la puerta, que González ya estaba abriendo.

Pero su intento fue previsto por los sitiadores y de nuevo una crepitante descarga llegó de todos los parapetos.

Aparicio quedó tendido a cinco metros de la puerta. El cubo, por un milagro de equilibrio, quedó sobre su base, pero agujereado por varios balazos más, perdiendo el agua a la vista de los sitiadores. Al mismo tiempo, y para quitarles la esperanza de poder obtener agua cuando fuese de noche, se encendió una gran hoguera en un altozano. La luz de las llamas iluminaba suficientemente el pozo para que nadie que intentara acercarse a él pasara inadvertido.

— ¡Malditos! —casi lloró González.

Cual si por fin comprendiera lo inútil de su demanda, el herido musitó de nuevo su petición; pero tan bajo que sólo Electra lo pudo oír.

Ni ella misma supo nunca por qué lo hizo, ni qué la impulsó. Tal vez porque en su delirio, desde hacía rato, el herido confundía su sed de agua con algún momento semejante de su infancia y llamaba a la mujer que entonces debió de calmar su sed.

— ¡Mamá... agua! ¡Mamá... tengo sed!

Lo dijo tan bajo que sólo Electra lo había oído. Luego, cuando la esperanza de obtener el agua se desvaneció, el herido ya no volvió a llamar a su madre, y casi no pidió agua; pero besó con febriles labio, la mano de Electra.

No. Ella no supo cómo pudo cometer aquella locura; pero de pronto se encontró fuera, al aire libre, sintiendo en sus sienes el viento húmedo, precursor de la tempestad, oyendo silbar las balas y teniendo, al mismo tiempo, la seguridad de que una mano suprema la protegería.

Cogió el cubo y casi resbaló en la Sangre de Aparicio. Varias balas atravesaron su falda, y le dio la impresión de que unas manos furiosas querían arrancársela, retenerla allí, hasta que los sitiadores mejorasen su fuego. Y sin saber cómo volvió a encontrarse dentro del fuerte, oyó cerrar tras ella la recia puerta y en la oscuridad llegó hasta el herido, para darle la poca cantidad de agua que aún quedaba en el fondo del cubo.

—Ha sido una locura —le dijo González, llevándola hacia un rincón, donde no podía alcanzarla ninguna bala—. ¿Por qué lo hizo?

Electra movió la Cabeza.

—No sé. Todo ha ocurrido como si lo hiciera otra persona obedeciendo a otra voluntad.

Callaron los dos un rato. Fuera había cesado el tiroteo.

—El beber el agua no le hará ningún bien — musitó la joven—. Pero si de todas formas tenía que morir…

González dijo al cabo de unos minutos:

—Yo la odiaba por la muerte de mi hermano. Y ahora la admiro y si no fuese por el asesinato de José Juan, la amaría como nunca imaginé que se pudiese amar a ninguna mujer.

Hobson estaba cerca de ellos y al fin se decidió a intervenir.

—Ella no le dirá nunca la verdad, González; pero yo creo que debe usted saberla. Al fin y al cabo, si estamos destinados a morir aquí, la sabrá dentro de poco, cuando su espíritu quede libre de las trabas que ahora lo ciegan y le impiden ver las odiosas verdades de la materia.

—No digas nada —pidió Electra.

—¿Qué más da? —replicó Hobson—. Yo mismo quise evitarle que supiese lo ocurrido; pero ya ha llegado el momento.

—¿Se trata de algo de José Juan? —preguntó González.

—Sí —contestó Hobson—. Ocurrió hace años, cuando Perkins y él se conocieron. «Nigger» Joe se lo podrá confirmar. José Juan invitó a Perkins a unas copas y le prestó cien dólares que Perkins necesitaba para salir de Los Sauces, en la sierra. Perkins se sintió algo conmovido y a cambio de las copas y el dinero, le regaló un peso mejicano. Este mismo peso. Lo llevaba su hermano cuando murió en Monterrey.

González tomó la moneda que le entregaba Hobson.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó.

—¿Le contó alguna vez su hermano cómo se salvó de la horca en San Bernardino?

—S…Sí. Mis hermanos estaban encarcelados; pero sólo se les acusaba de la muerte de un comisario. Se sabía que lo mató uno de ellos; pero no se conocía la identidad exacta del matador.

—Eso es —asintió Hobson—. Los tenían encerrados hasta descubrir la verdad; pero con el peligro constante de que se descubriera quiénes eran, o sea que habían cogido a dos de los González, y entonces los ahorcarián a ambos. Su hermano José Juan propuso al otro que puesto que los dos no se podían salvar, que lo mejor era ver de que se salvara uno. Le dijo que lo hicieran a suertes, a cara o cruz, y que el perdedor confesara su culpa. Así el otro podía salvar su vida.

—Fue una jugada limpia —dijo González.

—No —murmuró Electra—. Fue con esa moneda que tiene dos caras.

—Es cierto —siguió Hobson—. José Juan tiró la moneda al aire y pidió cara. Y ganó. Juan José resignóse a su suerte, sin imaginar la traición cometida con él, y confesó que él era el culpable. Al cabo de una hora lo ahorcaron y su hermano fue puesto en libertad, después de asistir a la ejecución. Le ordenaron que no volviera a Los Sauces, y cumplió la orden; pero al encontrar de nuevo a Perkins se emborrachó y le contó la divertida historia de la ingenuidad de su hermano. Varias veces más utilizó aquella moneda para ganar unas copas o unos dólares, pero no se desprendió de ella, porque la consideraba su amuleto. Di orden de que no se dejara jugar a su hermano en ninguna de mis casas de juego.

González comenzó a recordar pequeños detalles de la vida de su hermano a los cuales, hasta entonces, no había dado la debida importancia. Apenas oyó el resto de la explicación de Hobson.

—Quiso verme para que yo levantara la prohibición, y le dije que lo haría a cambio de aquel dólar, y de la promesa de no intentar ninguna trampa. Me dio el dólar y salió a jugar. Perdió todo su dinero. Y cometió la locura de hacer trampas. Jugaba con gente muy hábil que no se dejó engañar. Conocían su vergonzosa historia y no le dieron otra oportunidad de engañar a otro hermano suyo. Por eso le mataron. Electra sólo era una espectadora. No hizo nada contra él. Si no me cree…

—No siga —pidió González, cuya alterada voz deslastraba que no tenía duda alguna de la veracidad del relato de Hobson. Si había querido a José Juan mucho más quiso al hermano mayor, a Juan José,

al honrado y noble Juan José. Y recordó palabras muy significativas de fray Donoso, que debía de conocer la odiosa verdad y no pudo revelarla nunca.

—Perdón —pidió a Electra—. Es la primera vez que pido perdón a alguien. Si lo hubiese sabido a tiempo, usted no estaría aquí.

—No me importa —musitó la joven, cuyos ojos notó González fijos en él, a pesar de que no podía verlos.

Desde la puerta alguien anunció:

—¡Se acerca un hombre!

Un momento después el «Coyote» dejaba caer en el suelo un fardo de comestibles, explicando:

—Hay tres enemigos menos hasta que encuentren sus cadáveres.

Casi al momento sonó una llamada a la puerta y uno de los centinelas que estaban en el exterior dijo.

—La nieta del viejo está aquí con otro paquete.

Jadeante, temblorosa, Carmen Linares entró en el fortín y se echó a llorar, tartamudeando:

— ¡Pobre abuelito! ¡Pasé junto a su cadáver y...! Por qué han tenido que matar a un hombre tan noble y tan bueno?

CAPITULO XI

LA JUSTICIA VIENE DEL CIELO

José Linares hablaba tartamudeante a los caciques indios a quienes había reunido en el laboratorio.

—Aquí está todo bien explicado —y señaló los libros y anotaciones de don Eladio—. Con el fuego del cielo convertiremos el carbón en diamantes y seremos inmensamente ricos. Ricos como nadie lo ha sido antes.

Fue abriendo los hornos y mostrando los bloques de grafito

colocados en su interior, luego los cerró y leyendo las instrucciones de su abuelo, movió unas palancas y abrió unas grandes llaves.

—Ahora, si este aparato no miente, y se produce alguna descarga eléctrica —señaló un barómetro, y los indios miraron supersticiosamente al aparato cuya aguja se movía muy lentamente hacia un punto marcado en rojo.

—Aun tenemos tiempo —siguió el mestizo—; pero estoy deseando mostraros el milagro. La gran medicina de mi abuelo. Con ella os ha mantenido. Con ella os mantendré yo.

La aguja se seguía moviendo hacia el punto rojo. Cecilio, el criado de don Eladio, acercóse a la puerta de acero y la fue cerrando suavemente. Su rostro carecía de toda expresión. Sin embargo, sus compatriotas hubieran comprendido sus intenciones si no hubiesen estado con la vista fija en el barómetro, mientras hablaban animadamente. Sus propias voces ahogaron el chasquido de la cerradura. La llave quedaba fuera y, dentro, sin ninguna posibilidad de salir, veinte hombres, entre los cuales estaba el propio Cecilio y una anciana, que, sentada en un sillón frailero, lo miraba todo y no comprendía nada.

En lo alto de los montes las nubes se arremolinaban y muy lejos aún comenzaron a sonar los primeros truenos.

Carmen los oyó y no pudo contener un escalofrío. Sabía que su hermano estaba intentando repetir los experimentos de su abuelo.

—Don Eladio me dio para usted unos brillantes —dijo, de pronto, el «Coyote».

—No me hable de esto ahora —pidió la joven, nevándose la mano a la frente—. No quiero recordar.

El rostro de la joven estaba desencajado.

—Ha sido tan horrible —continuó—. Mi propio hermano matando a su abuelo…

—Sí, fue un horrible espectáculo —asintió el «Coyote»—. Yo estaba en lo alto de la montaña y lo vi… Disparó tres tiros. Uno contra el indio y dos contra su abuelo.

—Es espantoso… —tartamudeó Carmen—. ¡Y tener que volver a su lado!

— ¿Volvería ahora a su lado? —preguntó el «Coyote»—. ¿No es una locura?

—Tal vez; pero debo hacerlo...

—Pero usted no está loca, señora Linares.

Electra y González notaron algo significativo en la voz del «Coyote». Y se acercaron, presintiendo un trágico final.

—No... creo que no... —murmuraba la joven.

—Un poco loca sí —continuó el enmascarado—. Pero más ambiciosa que loca. Por eso hizo colocar las cajas de dinamita junto al laboratorio de su abuelo.

—¿Yo? ¿Qué quiere decir?

Los ojos de la joven refulgían como los brillantes que adornaban sus orejas.

—Usted y yo nos entendemos, señorita —siguió el «Coyote»—. Usted y yo sabemos quien disparó los tres tiros. Y también sabemos de quién era la voz que su abuela creía de su propio hijo, del padre de usted. Por mucho que una mujer quiera disimular la voz de un hombre, no puede evitar ciertas inflexiones delatoras. Una pobre loca tal vez no pueda captarlas; pero un hombre que no cree en fantasmas habladores, sí.

—Esto que dice no puede ser cierto —dijo Hobson.

—Lo es —replicó el «Coyote»—. Esta mujer ha vivido siempre en el Valle; pero en la biblioteca de su abuelo encontró libros que le hablaban del mundo civilizado, de las diversiones y placeres que allí se encuentran. Y teniendo joyas como ninguna reina las ha tenido, ella tenía que permanecer aquí, viviendo entre indios, a los cuales, precisamente por ser mestiza, despreciaba y odiaba. Y aquí hubiera permanecido siempre, incluso después de la muerte de su abuelo, porque imaginaba que don Eladio así lo quería. Ignoraba que para ella había una fortuna en el mundo exterior. O acaso lo sabía y le corría prisa salir de aquí. Un hermano loco y una abuela tan loca como el hermano, y ambos fácilmente sugestionables, fueron magníficos elementos para usted, señorita Linares. Movió bien los hilos; pero aunque hizo lo posible para ello, no pudo quedarse fuera del escenario donde se desarrollaba la tragedia. Y al fin, temiendo que su abuelo hubiera descubierto la verdad, o se impusiese a los indios, o

estropeara sus planes, quiso obligar a su hermano a matarlo; pero su hermano es demasiado débil para esto. Y tuvo que ser usted misma quien matara a su abuelo…

La mano de Carmen apareció de pronto armada con un revólver de corto cañón; pero la mano del «Coyote» fue mucho más rápida y el arma se disparó contra el techo, y cuantos esfuerzos hizo la joven por disparar en otra dirección fueron inútiles.

Gritando, jadeando y pataleando, Carmen pugnó por desasirse del enmascarado y, al fin, creyó haberlo conseguido por su propia energía. Entonces disparó de nuevo, pero el percusor cayó sobre un cartucho vacío.

—¡Os mataré a todos! —chilló.

Sin que nadie luciese nada por detenerla huyó hacia la puerta y corrió al exterior.

Llovía y la hoguera se había apagado.

Los centinelas indios sólo vieron una figura que saliendo del fortín, pretendía huir y dispararon contra ella una prolongada descarga.

Carmen se detuvo al notar en su cuerpo el choque de los proyectiles. No comprendía que sus propios hombres, a quienes había prevenido su salida, disparasen… la mataran…

— ¡No, no! —gritó.

No quería morir. Deseaba gozar de la vida y de su fortuna…

Dos rayos simultáneos prendieron sus nerviosos dedos en el platino de dos pararrayos en la cumbre de los montes. Una culebra de fuego serpenteó ladera abajo, hacia la recia casa de piedra que levantara don Eladio. Y casi al momento, en el laboratorio, las cosas sucedieron como había previsto don Eladio que sucederían si alguien conseguía robarle sus aparentes secretos. Todo el laboratorio fue una gigantesca bola de fuego que se comunicó con las cargas dispuestas por Carmen, y a la décima de segundo de haber caído los dos primeros rayos, un globo de fuego brotaba de donde había estado la casa y se elevaba hacia el cielo como una gigantesca esponja empapada en petróleo, mientras un trueno irresistible llenaba el Valle, empujando ante él un huracán asolador.

Carmen fue derribada por la ráfaga. Pero antes de caer ya estaba

muerta, llevando en sus heladas pupilas la visión del castigo que desde el cielo había descendido sobre el Valle.

En el fortín, la ráfaga arrancó de sus goznes la puerta y la lanzó contra los que estaban delante, conmoviendo la construcción y arrancando trozos de tejado. Como si aquel cataclismo que enloquecía a los indios y los hacía huir alocadamente del Valle, tuviese algo que ver con los elementos, arreció la lluvia y nuevos rayos cayeron en los ya inútiles pararrayos.

La tempestad duró toda la noche. Al amanecer cesó, y a las diez de la mañana lucía un sol dorado y espléndido en el firmamento. El Valle estaba desierto. Todos sus moradores habían huido, regresando a su vida anterior.

El «Coyote» se despidió de sus amigos, pidiéndoles sólo, que enterrasen a don Eladio y a su nieta, y a todos los demás que pudieran.

—Quisiera demostrarle mi agradecimiento —dijo Hobson.

—No se preocupe. Me llevo un curioso tesoro del cual su hija recibirá una parte el día que se case; pero no puedo entretenerme más. Alguien me espera en mi hogar.

Más tarde, antes de salir del Valle por un tortuoso y angosto camino, saludó con la mano a sus amigos. Luego, al hallar a su hijo, comentó, después de explicarle lo sucedido:

—Y ahora a volver lo más deprisa posible a Monterrey. Sospecho que no vamos a llegar a tiempo de recibir a nuestro nuevo pariente.

—Casi lamento que al fin esa Electra se enamorase de González —comentó César, sin prestar mucha atención a lo que había dicho su padre—. Me gustaba bastante.

—Es una mujer divina —admitió don César—. Una de esas mujeres que no se parecen a ninguna otra. También a mí me resultaba interesante. Sobre todo cuando la vi salir en busca del cubo. Entonces pasé un mal rato. No sabía contra quien disparar para salvarla. Pero no digas nada de esto a Lupita. Diría que debí haber disparado contra ella. Las mujeres nunca simpatizan con otras mujeres.

—Pero ella tiene confianza en ti.

—Tal vez; pero nunca le ha gustado que me acercase a otras

mujeres más jóvenes que yo. En la mujer, la confianza en el marido es tan relativa como la edad. De la que ellas confiesan a la que tienen, existe un abismo cuya amplitud nadie conoce.

F I N